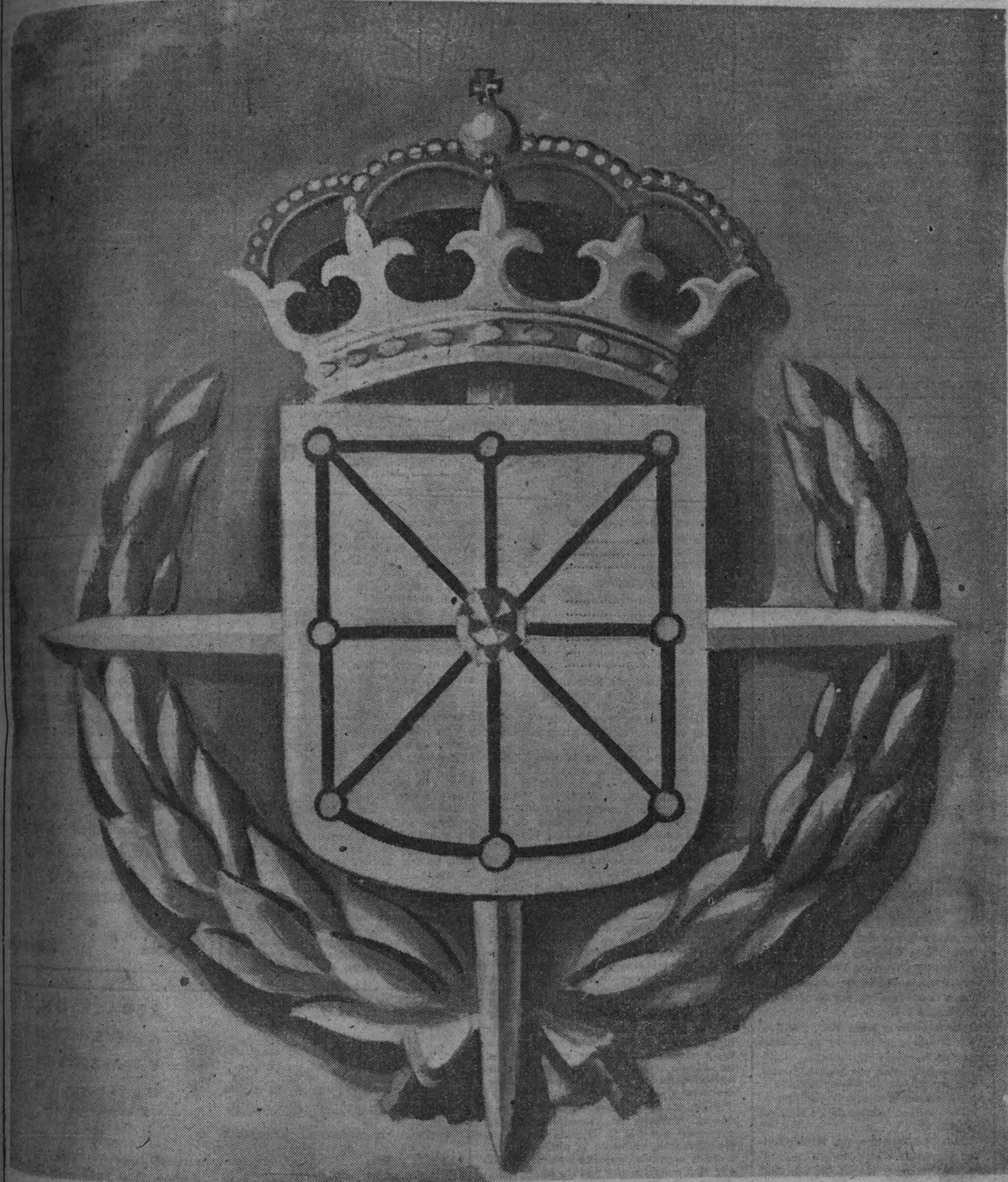




S U P L E M E N T O S E M A N A L D E A R R I B A



Agricultura y ganadería en Navarra

Por FRANCISCO URANGA

VAMOS en estas rápidas líneas a esbozar las realidades agropecuarias de Navarra, la labor realizada por los organismos que en nuestro antiguo Reino funcionan dentro de su régimen privativo y los proyectos para un futuro próximo.

Entre las realidades más salientes y dignas de tenerse en cuenta resalta el hecho de que en el suelo de Navarra, tan ingrato o más que el de otras regiones españolas, las producciones unitarias de cereales, leguminosas, tubérculos y forrajes, así como su población ganadera, son de las más elevadas de España; y esto no a causa de un suelo y clima privilegiado, sino debido a las características de vida en Navarra, al esfuerzo constante y al atento cuidado de los organismos técnicos; factores que repercuten en los siguientes hechos reales:

Vida municipal activa que permite retener a los labradores junto al terreno, reduciendo el éxodo de los campos a las ciudades, al encontrar en aquellos vida mejor, con comunicaciones fáciles, carreteras, caminos, líneas profusas de autobuses, luz, agua, saneamiento, etc. Factores éstos que determinan un aumento de brazos útiles, una mayor atención al cultivo, y por ello mayores rendimientos, creación de riqueza.

Cultura agrícola con difusión, empleo y comprobación de semillas selectas, abonos, maquinaria, métodos de cultivo, etcétera, cuyo resultado nos lo reflejan los siguientes datos estadísticos, en los que vemos el consumo por Navarra de los principales abonos, así como el volumen alcanzado por las máquinas en nuestras explotaciones agrarias:

ABONOS

Superfosfato	27.700 Tns.
Abonos nitrogenados	16.300 "
Abonos potásicos	350 "

Año I - Madrid, 5 de julio de 1942 - Núm. 27



NAVARRA

Portada, de Senry.

Agricultura y ganadería en Navarra, por Francisco Uranga, con un dibujo de Eguía; página 2.

Arquitectura y política navarra o La sotana del canónigo de Pamplona, por Juan Aparicio, con una ilustración de Gabriel; página 3.

Renacimiento cultural en Navarra, por José María Lacarra; página 4.

El Príncipe Carlos de Viana, por Eladio Eparza Galdeano; página 5.

Sube a Roncesvalles, por V. Juaristi; páginas 6 y 7.

Soldado navarro y buen vino, por José María Iribarren, Viñetas de Tauler; página 8.

Cadenas laureadas, por Imael Herráiz, con un dibujo de Tauler; página 9.

Cuatro estampas navarras, por Manuel Iribarren, con viñetas de De la Riva; página 10.

Verdades del encierro, por R. Capdevila; página 11.

Questos músicos de antaño, por José Antonio de Huarte, página 12.



ANTICRIPTOGAMICIDAS

Sulfato de cobre	400 "
Azufre	270 "
Arsenicales	60 "

MAQUINARIA

Sembradoras	2.914 "
Tractores	270 "
Segadoras atadoras	5.585 "
Segadoras agavilladoras	557 "
Trilladoras	1.111 "
Cosechadoras	102 "

Con los datos que anteceden podemos afirmar que nuestro suelo es el cultivado más científicamente y con más elementos de España, exceptuando acaso las fértiles vegas levantinas y los minúsculos predios gallegos.

Comprensión clara de la complejidad del problema agrario, orientándolo los organismos técnicos en un sentido diametralmente opuesto al clásico sistema de monocultivo cereal, procurando un más amplio y perfecto enlace de las diversas ramas de la industria agrícola, intensificando la ganadería, caminando hacia un aprovechamiento integral de los recursos de nuestro suelo.

Un arraigado espíritu sindical de cooperación, que ha florecido en la gran red de Bodegas Cooperativas, graneros sindicales, Sindicatos de producción y distribución, y que en la actualidad adquiere nuevo y gran empuje con las Cooperativas lecheras y avícolas.

Estos son, a nuestro modesto juicio, los principales factores motrices de nuestro progreso agrario, el punto de partida desde el que Navarra se lanza a nuevas conquistas con directrices claras y fijas, que llevan en embrión normas cuyo desenvolvimiento creemos redundará en un rápido aumento de la producción agropecuaria en bien de la economía de Navarra y de España.

Producto de la labor constante iniciada en Navarra por aquel benemérito agrónomo que fué D. Nicolás García de los Salmones, padre de la moderna viticultura española, que desarrolló su labor desde finales del pasado siglo como director de Agricultura y Ganadería de la Diputación Foral; labor continuada,

perfeccionada y ampliada por el actual director, D. Daniel Nagore, ha sido el comprobar que nuestra técnica agrícola, presentando un grado superior perfecto, en lo que cabe, en una rama tan compleja y que opera sobre seres vivos cuyas reacciones hay que medir, y ayudada por un Cuerpo competente de ayudantes, carece en absoluto del indispensable grado inferior de capataces y, sobre todo, de obreros especializados.

Estos grados inferiores son totalmente necesarios, pues son los que han de llevar rigurosamente las enseñanzas técnicas a la práctica en la explotación, dándole a ésta el desenvolvimiento económico propio de una industria.

Este es el problema presente, el punto inicial para seguir la marcha ascendente en la productividad agrícola. Estudio económico en gran escala de lo que la técnica agrícola recomienda como fruto de la experimentación científica antes de aconsejarlo al agricultor, evitando fracasos y retrocesos, gravemente perjudiciales; fracasos que inutilizan una generación, cuando menos, para todo progreso futuro.

Preparación de obreros especializados en la vida interna de la explotación, en la que se unan la enseñanza teórica con la práctica industrial y con el concepto de responsabilidad en su gestión; condiciones éstas indispensables para hacer de los obreros agrícolas verdaderos ma-

tros, como se preparan en las artes industriales, para desarraigar el concepto de que para labrador todo vale, substituyéndolo por el de que para peón del campo todos valdrán, pero no para todos directamente el éxito o fracaso económico de la industria agrícola, de idéntico modo que cualquiera sería, de idéntico para llevar bultos, pero sólo el oficial puede hacerse cargo de un torno o una fresadora, máquinas delicias, si no, o un animal de cría.

Ante esta necesidad sentida y vivida la Dirección de Agricultura y Vida Rural de la Diputación Foral tiene entre manos el estudio de una explotación agrícola de tipo industrial en la que, al mismo tiempo que se estudian económicamente los métodos técnicos que la experimentación aconseja, con el fin de que los agricultores vean contrastados los resultados de los mismos y caminen con pie seguro por la senda del mejoramiento de la producción, se proceda a la instalación de un taller de obreros agrícolas, especializados, instruyéndolos y preparando el elemento humano indispensable para el desarrollo de la industria.

Estamos plenamente convencidos de que el introducir semillas nuevas, razas o variedades más perfectas, es inútil mientras los obreros que han de manipular con ellas no están preparados para con conocimiento y disciplina seguir las normas señaladas; es lo mismo que si en manos de un labriego ponemos el volante de un potente automóvil; el desastre es seguro.

A evitar esto, a preparar el avance rápido de la agricultura tiene el proyecto de Granja Industrial, verdadera Escuela de Artes y Oficios agrícola que, como complemento de la de Peritos Agrícolas de Navarra, de su Estación de Mejora de semillas y plantas, sus experiencias ganaderas, etc., lleve al campo, en Navarra, junto con la técnica perfecta enseñada, con la máquina moderna, el elemento humano que sepa regirla, mantenerla y hacerla producir.

Con esta orientación técnica y con una creciente atención a las necesidades de la vida rural, procurando hacerla más apetecible, reteniendo al labrador en su explotación, de la que sepa extraer un máximo de riqueza, es como Navarra se prepara a ascender, con España siempre unida, por la vía de la plenitud imperial de las Españas.

"Navarra desbordó el embalse, cuando tenazmente durante dos siglos, de aquella tradición española que no representaba carácter alguno local ni regional, sino el contrario: universalista, hispánico e imperial, que se había conservado entre aquellas peñas inexpugnables esperando al momento oportuno para intervenir y derrocar, portando una sed inquebrantable en Dios y un gran amor a nuestra Patria."

FRANCO

(Discurso de Unificación.)

INDUSTRIAS ZUAZO

Fabricación de velas de cera, bujías, dulces, chocolates y turrone

Tudela

Navarra

REDACCIÓN,
ADMINISTRACION
Y TALLERES DE
"ARRIBA"

Larra, 8 - Teléfono 32610

ARQUITECTURA POLITICA NAVARRA. LA SOTANA DEL CANONIGO DE PAMPLONA

Por JUAN APARICIO

Sorprendido Carlos Dembowski por que la Catedral pamplónica escondía sus entrañas góticas detrás de una fachada reconstruida recientemente en estilo italiano, quiso saciar su sed de turista prebendado, por esta anomalía arquitectónica. La respuesta fué una satisfacción cognoscitiva para Dembowski y esta clare aclaratoria para nosotros. He aquí este fragmento del diálogo del 12 de octubre de 1840, en Pamplona, según la fidedigna referencia de aquel viajero liberal que redactó la introspección folklórica y popular de España hace cien años: "¿Veis mi sotana?—me ha dicho—. ¿Tiene el revés alguna relación con el derecho? ¿Por qué el exterior del edificio la tendríais más con el interior? La fachada puede ser, pues, de estilo italiano y la nave de estilo gótico, enteramente lo mismo que el paño de mi sotana es negro y la seda del forro de color violeta. Por otra parte, como las dos partes del edificio han sido construidas en épocas diferentes, era natural que cada una tuviera el carácter del gusto dominante de su época." "Eso se llama hablar", añadió el viejo sacristán que nos acompañaba...

Don Cirilo, a pesar de su navarrismo dogmático y ferroz de hombre de la Vorunda, reconocía una flexibilidad psicológica dentro de cada época, que no sólo diferenciaba la luz del alma humana, sino también el cariz y la palpitación de la piedra. Navarra, por lo tanto, ha pasado históricamente por las sucesivas vibraciones y metamorfosis de su ser vivo y activo, cuya órbita vital y cultural fué como un péndulo que oscilaba entre Francia y España, hasta que definitivamente se convirtió en una Navarra españolísima, centripeta y unitaria. Ahora bien, esta centripetiz de los navarros hacia las comunas empresas españolas—no hay heroísmo español o fundación hispana sin un navarro al lado: trátase de la Compañía de Jesús con San Francisco Javier o de la Falange con Julio Ruiz de Alda—puede transformarse en introvertimiento hacia la intimidad y la altivez navarras, hacia la tierra y la idiosincrasia del país; en fin, hacia la arqueología. El peligro

foral es que funcione alguna vez anímicamente la escrupulosidad cominera de la Cámara de Contos. Los navarros que contabilizaban los maravedises gastados por sus reyes en alfileres son los que no deben revivir para ajustar las cuentas de España después de ganada una batalla.

Dentro de cada paréntesis guerrero; porque Navarra ha peleado por la Europa y contra Europa, no sólo en las Navas de Tolosa y durante las Cruzadas, sino

y desconfiada, más propicia a la inhibición ante la Patria reducida a unos valles del Pirineo, a la cuenca de Pamplona y a las vegas de la Ribera, que a la intervención por una máxima Navarra dentro y fuera del imperialismo peninsular.

Puede ser que se ajusten las cuentas en el antiguo reino por algún campesino o erudito rural—pues ya sabéis que de acuerdo con la etimología la erudición es una rudeza a medio bastar—; pero lo

Así se hizo con la catedral erigida por don Carlos III y doña Leonor y se está haciendo con Santa María de Eunate, con el palacio real de Olite y con Santa María de Roncesvalles. Este retorno a la arquitectura fundacional, a la estructura propia y peculiarísima de cada templo podría presentárenos como la expresión del espíritu conservador y reaccionario de Navarra o como un síntoma característico de la mitad de nuestro tiempo, entregándose a la arqueología mientras la otra

mitad crea fórmulas vitales y estilos superlativamente novísimos. Es decir, que junto a la tierra fatigada de Alejandría, donde siempre es posible y se apetece una excavación a través de los estratos culturales, han podido llegar los tanques del Mariscal Rommel, como si perteneciesen a una fauna desconocida por Aristóteles, por San Clemente o por Herodoto.

Sin embargo, ahora no es el caso de Navarra semejante al de España entera en las vísperas del Frente Popular, cuando después de octubre de 1934 se sucedieron los descubrimientos arqueológicos para pronosticar que si no hubiesen existido unos españoles viriles y juveniles, entre los cuales destacó la navarrería, la pérdida de nuestra nación era segura y sin remedio. La Revolución Nacional de la Falange no permite tales evasivas de la arqueología, aunque ofrezca un valor premonitorio o nos revelen inconscientemente dónde fueron enterrados los restos de Carlos II, quien legó su cuerpo a Santa María de Pamplona, sus vísceras a Santa María de Roncesvalles y su corazón a Santa María de Ujué. No se restaura en la Navarra actual para reunir la anatomía del hijo de la francesa doña Juana de



Gabriel:

"Castillo de Olite"

también tras Zumalacárregui y Francisco Franco frente a los europeos progresistas, francmasones, soviéticos, archiplutócratas, exquisitos y sin Dios; Navarra se ha recogido junto a la montaña que menciona el Dante para la búsqueda de su felicidad. Esta Navarra reclusa, parapetada en su Fuero, como si fuese un alto monte, aparece y asoma al cabo de una etapa bélica y polémica, dejando traslucir que el cansancio o la desilusión del combate le imponían una postura esquiva

más significativo es que en la pacífica Navarra se emplea la irreprimible acción de los navarros en volver la sotana de don Cirilo, mostrando a la superficie el color violeta de su revés; o sea, que comenzando con la catedral de Pamplona todas las iglesias, santuarios y palacios arquitectónicamente bastardeados, abandonados o recompuestos sin estilo, se restauran y devuelven a su primer plano, a su primitivo plan constructivo y tecnológico.

Evreux, sino para que, reconociendo a cada época y a cada monumento su soberanía y esplendor, se nos permita también nuestra época contemporánea en Navarra, donde los navarros consagren la reconstruida Santa María de Eunate a todos sus Caídos y donde Santa María de Roncesvalles, vuelta a su pristina arquitectura interior, sea como una repristinación española proclamando su universalidad perenne desde encima del Pirineo.

RENACIMIENTO CULTURAL EN NAVARRA

Por JOSE MARIA LACARRA

HA sido Navarra a lo largo de la Historia, camino de paso para todas las influencias culturales europeas. Pero supo conservar en todo momento sus características raciales y su temperamento altivo, acogiendo únicamente aquellas novedades que mejor se acomodaban a su peculiar modo de ser.

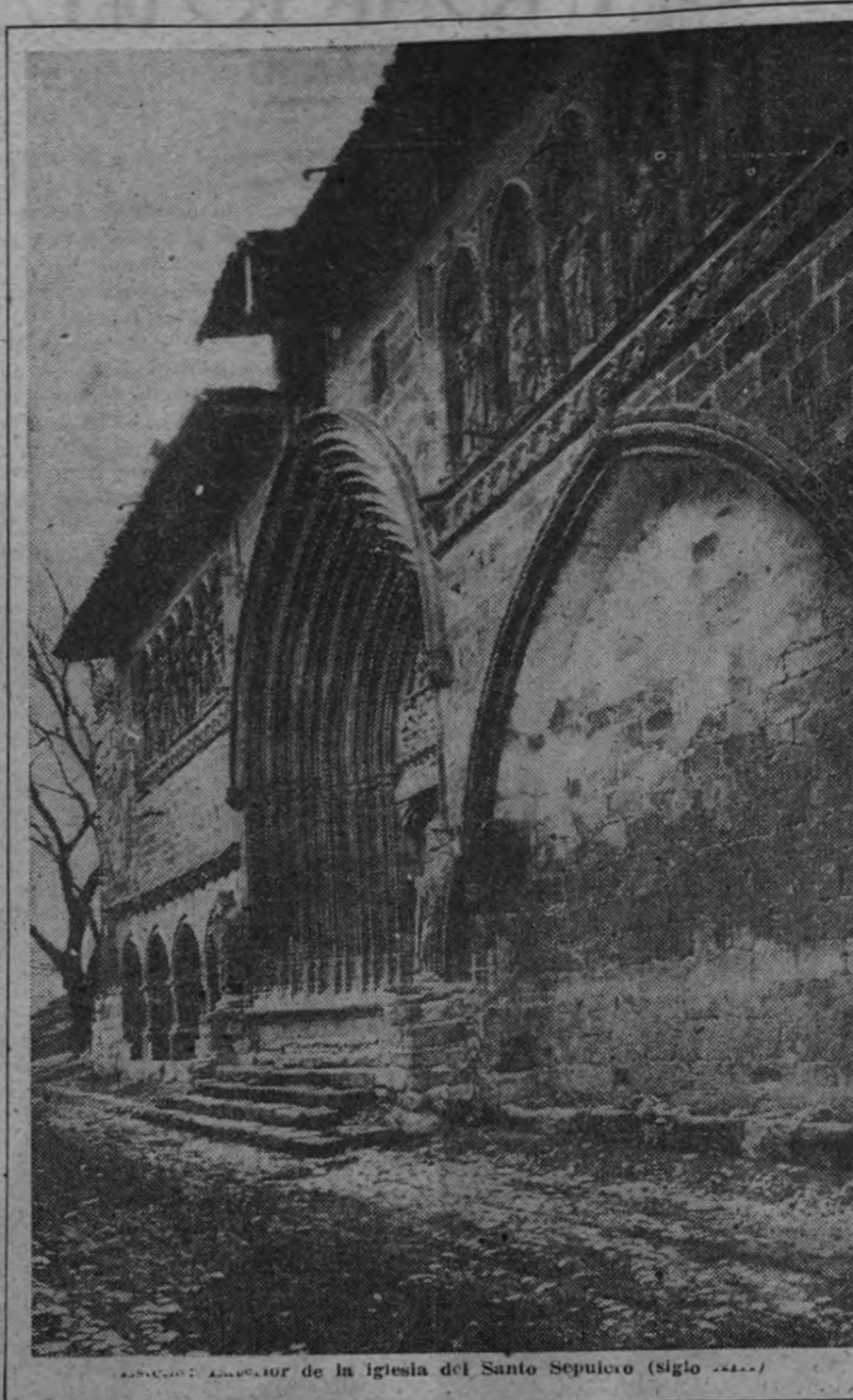
En la Edad Media las rutas del camino de Santiago cruzan el país de parte a parte, y por todo el "camino francés" surgen ciudades y se levantan templos y palacios que anuncian en España las novedades europeas; más adelante, casas de estirpe francesa reinan en Navarra, que dan a la vida de la Corte un tono mitad morisco, español y francés muy singular, y en el siglo XVI las galas del Renacimiento dejan en nuestras iglesias esas espléndidas obras de imaginería que hoy se estudian con tanto interés.

Pero, siempre, sobre gustos y modas extrañas, se mantiene en la política y en la acción el sello de lo navarro, indómito, sobrio en palabras y en gestos, pero decidido en los momentos cruciales de la Historia.

Tras los tres años de esfuerzo bélico de la Cruzada, Navarra mira al pasado y trata de conservar, estudiar y dar a conocer sus gloriosas gestas y sus bellezas monumentales. Valorar el pasado, que es luz del presente y guía seguro para el porvenir.

A ello ha dedicado sus actividades la Diputación Foral después del Alzamiento, y para ello—"para mantener el espíritu católico, tradicional y españolísimo que informó el glorioso alzamiento de Navarra en la Cruzada contra la barbarie"—creó el organismo cultural "Príncipe de Viana", poniéndolo bajo el nombre de este infortunado príncipe soñador y poeta.

Había que conservar las ruinas gloriosas—monasterios y templos, palacios reales y casas señoriales—y, cedidas por el Estado a la Diputación Foral todas las facultades que le competen en materia de monumentos, se ha iniciado por ésta una campaña de restauración y consolidación de las ruinas monumentales, cuyos resultados empiezan a verse por toda la provincia; el templo de Nuestra Señora de Eunate, bellísima capilla octogonal de finales del siglo XII, está ya restaurada; en el Monasterio de La Oliva, primera fundación de la Orden Cisterciense en España, se han verificado importantes obras de consolidación; en los Monasterios de Irache e Iruzu, en la Parroquia de San Pedro la Rúa de Estella, cuyo bellissimo claustro románico amenazaba ruina; en las iglesias de Gallipienzo y Ochovi; en la Cámara de Comptos Reales, etc., etc. Del acueducto de Noain, obra de Ventura Rodríguez, se reconstruyen cuatro de sus arcos que se habían hundido. La Catedral de Tudela tenía un magnífico claustro románico que apenas era conocido, aprisionado como se hallaba por construcciones posteriores; la liberación del claus-



Exterior de la iglesia del Santo Sepulcro (siglo XIII)

tro de los postizos que lo afeaban es, como dijo el marqués de Lozoya, la obra de mayor envergadura y de mayor interés entre las que se están llevando a cabo en monumentos españoles.

En el Palacio Castillo de Olite, residencia de los Reyes de Navarra, se van realizando costosas obras—que forzosamente serán largas—hasta que pueda contemplarse como lo vieron los ojos de Carlos el Noble o el Príncipe de Viana. En él se ha montado una escuela de cantería que centralice todos los trabajos de restauración y adiestre en estas tareas la ar-

tesanía navarra; pronto se montarán al pie de la obra del mismo palacio talleres modelos de carpintería y cerrajería artística. En esta forma se hermana la labor de restauración con la educación y formación del artesano para faenas artísticas más depuradas.

Y queda tarea señalada para el monasterio de Leire, cuna y panteón del reino de Navarra, cuya restauración se aspira sea completa, en sus piedras y en su espíritu, llevando una Comunidad, que restablezca el culto divino interrumpido cien años ha; para el claustro gótico de Los

Arcos; para la Catedral de Pamplona; para el traslado de pinturas murales y para la limpieza de las pinturas de retablos, labor comenzada con gran éxito por los restauradores del Museo del Prado, y que se aspira a realizar pronto con personal propio capacitado; para una metódica campaña de excavaciones, ya iniciada, y de la que se esperan interesantísimos resultados de paso, a todas las culturas desde la más remota antigüedad.

Se proyecta también, de acuerdo siempre con las autoridades eclesiásticas, la formación de un Museo donde se recojan las piezas más interesantes de nuestro tesoro artístico, evitando su venta y exportación.

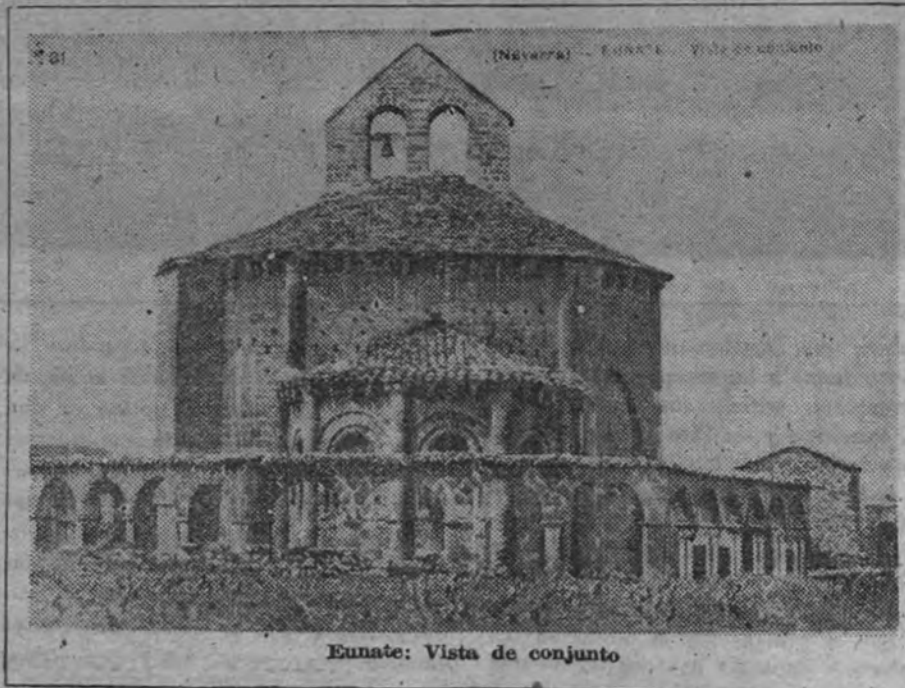
Este renacimiento cultural se extiende a todas las manifestaciones de lo que es "alta cultura": una política de bibliotecas se encamina al mejoramiento de la Biblioteca Provincial, que en Navarra depende de la Corporación Foral, para constituir el centro de una red de Bibliotecas Populares que se irán creando en distintas localidades de la provincia. El Archivo de Navarra, uno de los tres grandes archivos españoles de la Edad Media, interesantísimo además para estudiar la Historia de Francia y de los reinos españoles, es el organismo que centraliza las investigaciones y trabajos de toda índole que acerca de la Historia del antiguo reino se realizan en Navarra y fuera de ella.

Una serie de publicaciones, ya en marcha, irá dando a conocer el esfuerzo que calladamente vienen realizando eruditos e investigadores. En breve aparecerán los primeros volúmenes de los señores conde de Rodezno, Camón, P. Pérez Goyena y Fuentes sobre Historia, Arte y bibliografías navarras. En una revista—"Príncipe de Viana"—que entra ya en su tercer año de vida, se ofrecen las primicias de la investigación en orden al derecho, letras y artes de la región.

Al margen de estas actividades, que podríamos decir de tipo oficial, están un sin fin de iniciativas particulares. De ellas queremos destacar la labor de educación musical, que surge espontánea en toda la provincia, y muy especialmente la realizada por el Orfeón Pamplonés, que en estos días de sus Bodas de Oro ha organizado unas extraordinarias audiciones de música religiosa (Bach, Raendel, Beethoven) que la colocan a la cabeza de las ciudades corales de España.

Una verdadera Universidad libre constituyen los cursos y conferencias que organiza la Institución "Príncipe de Viana". Por su cátedra han desfilar los profesores Camón, marqués de Lozoya, la fuente Ferrari, García Morente, Pajares, Ferrándiz, Luigi Ferrarino, muchas investigaciones y artistas (María Kleiser, conde de Rodezno, P. Claudio Jesús, vizconde de Eza, Taracena, Egoza, Yáñez). El interés creciente con el que el público ha seguido estos cursos dice mucho de la avidez que por las disciplinas del espíritu se ha despertado en el alma del pueblo navarro.

Todo ello preludia que el pueblo navarro va a conquistar con las armas de la paz el puesto preponderante que ganó en los días difíciles de la Cruzada.



Eunate: Vista de conjunto

FABRICA DE CALZADO DE CAUCHU

GERARDO LAMPREABE

Sucesor de J. LAMPREABE

Barrio de San Juan

TELEFONO 2168

PAMPLONA

Maquinaria agrícola-industrial

ANTONIO BODET

TUDELA TARALLA

Teléfono 113 Teléfono 45

Representación de S. A. CROS

Abonos minerales y productos químicos

MANUEL HUICI

ARBOLES
SEMILLAS
PLANTAS

Concesionario para el cultivo y venta de semillas seleccionadas, por acuerdo del Consejo de Ministros, el día 8 de noviembre de 1941

Rochapea, 41

Teléfono 2385

Zapatería, 33

Teléfono 2060

PAMPLONA

EL PRINCIPE CARLOS DE VIANA

Por ELADIO ESPARZA GALDEANO

I

PODEMOS sufrir una equivocación respecto a la imagen del héroe, si la presumimos por el aparato extremo del escenario en el que actúa. Del castillo real de Olite, de su magnificencia y suntuosidad, de sus innumerables estancias doradas, de sus terrados florecidos en jardines, de sus torres altas con nombres de romances, nos dejó buen testimonio, en elogios efusivos, el peregrino alemán del siglo XV. Suya es esta afirmación absoluta: "No hay Rey que tenga palacio ni castillo más hermoso." Se presente, pues, un príncipe de fausto poderío e, incluso, de recia estampa física. Además, el castillo, con tener vasta, erguida y poderosa fábrica, resuena a veces toda él en un fuerte vocerío zoológico; al príncipe le apetece tener leones, ciervos, leopardos, búfalos, que articulen con rugidos de fieras satisfechas el poema selvático de sus apetitos insolentes, bajo las bóvedas de los sótanos, mientras allá arriba, donde las damas y los poetas trenzan la monotonía de las horas, los bufones, los payasos y los moros divierten el tiempo en las contorsiones de sus gestos y sus refranes. ¿Quién no cree que el héroe es un Barba Azul? ¿No es este príncipe el que viene de aquel Carlos que colgaba a las víctimas por la lengua, que conquistó a París y que juraba en falso ante la Hostia? ¿No es éste el caudillo de los leales de a monteses que mantienen en alto, a sangre y fuego, la rebeldía contra el viudo de la reina Blanca, erigido ante sí y por sí en Rey de Navarra? ¿No es Olite la tierra bronca y dura de la Ribera, ancha como el mar, recia, rugosa y tostada de sol, batida por vientos ásperos y donde el vino y la copla empujan su tensión máxima? ¿No patrulla por estas latitudes aquella gente que Aymeric Picard llama "colore atra, visu iniqua, omni violentia docta, dura et contentiosa" (tez morena, aspecto repelente, docta en toda violencia, ruda y terca)? Además, la indócil nave del reino, sin timonero titulado, sortea trabajosamente un escollo peligroso. Del cadáver de Carlos III el Noble, como si fuera el cadáver de Navarra, brotan descomposición, encono, rotura de vínculos, aliento de tragedia. La situación exige con urgencia imperiosa una mano dura, un temperamento indomable. El padre del Rey, desdeña al hijo y le arrebató la corona que, por derecho, le corresponde. Navarra se parte en dos, no por gala, sino por llaga de odios. Todo, pues; la circunstancia histórica, con sesgo trágico a lo Sófocles, los espantables rugidos de la leonera del castillo y las recias coplas que paralizan el cierzo de la llanura, nos dicen que en Olite mora un príncipe alto, fornido, de pelo en pecho, catador de mostos hirvientes, endurecido en el lomo del caballo, indomable, que viste de hierro por fuera y de tesón en el alma.

II

Pero el príncipe está a la vista. Lo vemos, a la tardecada, en un amarillo diáfano de oro crepuscular, en la Torre de los Cuatro Vientos. ¿Ese? Sí, ése. Sus manos, finas, exágües, largas, tañen la vihuela. A su lado, Auxias March recita, canta, a media voz, aquello de:

Un sabor d'agredolc Amor llança
que lo meu gust departir-les no sap,
dins mos delits dolor mortal hi cap
e tal dolor ab delit ha lligança.

Viste el príncipe con regalada elegancia y se conoce que le seduce el tacto de las telas suaves, gozosas y suntuosas. En su castillo abundan los tapices, las joyas, las medallas, los objetos de arte: el castillo es jardín, museo, biblioteca, sede ostentosa de trovadores, músicos y poetas. Del artesanado de la cámara de la Reina penden innumerables cadenitas que llevan discos de cobre. A la caída de la tarde, el viento, moviéndolas, produce sonidos melodiosos que acompañan el recitado de las trovas. El príncipe es una figura pálida, soñadora, meditativa, con acusada señal

buscaba amparo entre músicos y artistas. Para la hora trágica del reino, necesitábase un Rey con el trono y el cetro en la brida y la silla del caballo, no un traductor de las "Éticas" de Aristóteles, ni una sensibilidad enmohecida en la Corte de Nápoles. El príncipe de Viana no tuvo aliento poderoso de caudillo, porque la tuberculosis le consumía los pulmones; no tuvo ímpetus de empresas políticas, porque su educación fué intelectual y poética; era una figura de Renacimiento, no un hombre de lucha. Incluso en sus amores marcó la huella de su carácter. No tuvo hijos de su mujer, Inés de Cleves, dulce muchacha de Francia, que dejó en nuestra Historia el recuerdo delicado, pero efímero, del perfume de una rosa. Los tuvo, en cambio, de una hermosa napolitana, de la que no ha quedado ni el nombre, y de María de Armendáriz, a cuya hija, por testamento ológrafo, fechado en Zaragoza en 20 de abril de 1453, declaró heredera del trono. Esta hija del príncipe, Ana de Aragón y de Navarra, casó con don Luis de la Cerda: de este matrimonio

ría de honor, de suntuosidad y de respetadísimo rango diplomático, este buen Rey que pacificó los bandos e hizo felices a todos, no logró ser feliz. Le entró a su mujer tal melancolía que volvió loco a los médicos. Y dice el P. Moret muy graciosamente: "Porque los médicos, cuya facultad penetra poco los males del cuerpo que se complican con las pasiones del alma, de la inutilidad de sus remedios, apelaron, como suelen, a los aires naturales, y fueron de parecer que con ellos cobraría la salud." Fueron, pues, los Reyes a Navarrete a divertirse, pero como el mal continuaba, se quedó la Reina en Castilla con las infantas, y el Rey volvió a Navarra.

Leonor, ausente su marido, "para pretextar su modo extravagante de proceder y la resolución que había tomado de no volver más a Navarra", se quejó a su hermano, el Rey de Castilla, de los malos tratos que le daba Carlos, quien insistía amorosamente en que volviera; pero "la fina retórica de su amor", que dice el P. Moret, nada pudo conseguir, y estuvieron siete años separados. Al Rey no le

quedó más recurso que el tiempo, "que como madura los frutos por más agrios que al principio sean, suele sazonar también los pesares y las condiciones esquivas", escribe el analista navarro.

No consiguió traerla ni para la fastuosa e remonía de la coronación, y tuvo que contentarse con que asistiese la infanta Juana. Y dice el P. Moret con una de sus más lindas metáforas, que el Rey, "en medio del recreo de esta real flor, sintió en su corazón las espinas de las esquivas y desprecios de la Reina".

Pues este historismo imponente de la abuela, esta fluctuación de los humores, estas rarezas y terquedades y melancolías parece que rebrotan en esas oscilaciones inseguras del carácter de nuestro príncipe de

Viana, y en aquella melancolía que, como a Don Quijote, se le desbordaba de su corazón, enfermo y amoroso. Cuando llegó la hora de demostrar a España que un reino podía ser el paladín de la Cristiandad, nos dió la Providencia a Sancho el Fuerte, el mejor Rey que montó en silla; cuando fué preciso que toda la Península se agrupase bajo una corona real de Imperio, nos dió a Sancho el Mayor; cuando se vió que era necesario probar que un reino católico puede ser un reino de paz, de unión, de belleza y de progreso, tuvimos a un Carlos III, el Noble, que hacía florecer en los salones suntuosos de su Real Palacio de Olite las gentilezas primorosas de las Ordenes de caballería, mientras los artesanos trabajaban, jubilosos, en los talleres y se amasaban pan abundante en las artesas hogareñas. Y cuando hubo que enseñar la verdad

(Continúa en la página 11.)



Prisión del Príncipe de Viana

de irresoluto. Le preocupa ahora la redacción de la "Epístola a los valientes letrados de España", excitándoles a traducir las "Morales" de Aristóteles. Por el claustro de los cipreses o entre los pinos verdes de la "paxarera", al son del agua, las damas de Inés de Cleves recitan los versos de Villón de la "Ballade des Dames du temps jadis":

La Roynne blanche comme un lis,
qui chantait a voix de sirene.

Al príncipe le interesa, de Francia, la traducción de "De Amicitia", que ha hecho Laurent de Premierfait. Y un poco, quizás, la hermosa María de Armendáriz, que le ha tocado el corazón.

III

¡Oh, no! Este príncipe, sentimental, volitivo, enfermo, gustador de poesías, de tapices y de códices, no es el caudillo de los navarros. Este no hubiera atravesado la nieve espesa de los puertos, ni hubiese roto los hierros de las Navas, ni se decidiría a un golpe violento sobre París... Le arredaban el sol y el cierzo de la Ribera y se refugió entre naranjos y tapices. Le espantaba el tesón de su padre y

arrancan los duques de Medinaceli. En un billete amoroso del príncipe a María de Armendáriz le decía: "Aviendo de vos alguna criatura o criaturas, yo vos tomaré por mujer mía." También le faltó resolución en este trance para cumplir con la palabra dada. Su testamento ológrafo —al fin, timidez invencible suya— fué un intento de rectificación de su promesa amorosa, pero que no tuvo consecuencia alguna política, a pesar de que doña Ana fué declarada hija legítima del príncipe de Viana y de doña María de Armendáriz (Sigüenza, 6 de octubre de 1473). Creció, en fin de cuentas, de aquella "animi magnitudo" de que habla Santo Tomás, como de cualidad indispensable para el príncipe, en su "De Regimine Principum ad Regem Cypri".

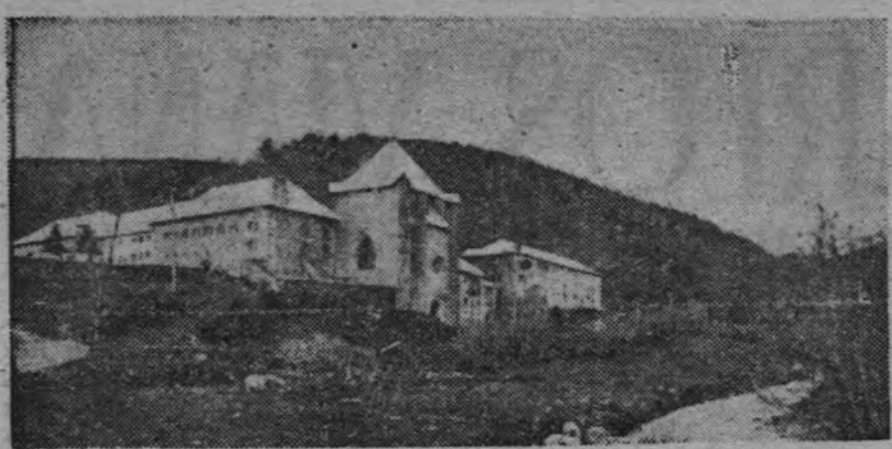
IV

Se reproducen en la fisonomía moral del príncipe algunos rasgos temperamentales de su abuela doña Leonor. Carlos III el Noble casó con doña Leonor, en Soria, el día 27 de mayo de 1375. Y este gran Rey que elevó el reino a una suprema catego-

MATERIALES de
saneamiento, construcción y
calefacción
JOSE MARIA PEREZ ARCOS
TUDELA — NAVARRA

SUBE A RON

Por V. JUANES



Roncesvalles: Conjunto de la Real Colegiata desde el río

I. — Invitación

PARA ti va, forastero de los "sanfermines".

Cuando el último toro de lidia haya sido hecho cuartos y el último cohete haya parido cerca de la luna cien estrellas de oro, plata, rubies y esmeraldas más fugaces que las del "serrín" del ferial, necesitarás purificarte. Para esto tenemos nuestras alturas sagradas: San Miguel y Roncesvalles.

Subir a San Miguel, en el Aralar, es mucha penitencia para quien no ha dormido en una semana. Llegar a Roncesvalles es un regalo.

Ya la vía no es aquella deseada y temida etapa del Camino de Santiago; deseada, por ser la entrada en la tierra de España; temida, porque la sagacidad personal no estaba bien custodiada, a juzgar por las dolidas quejas de algunos peregrinos de nota; no sólo el legado Picaud, portador del Códice que el Papa Calixto regalaba a Santiago, sino de otros franceses, alemanes e ingleses, que protestaron de los duros "portazgos" y se dolieron de no ser tratados con dulzura.

No tenemos por qué resentirnos de aquellos juicios, de los que nos separan muchos siglos, que hemos llenado con muestras crecientemente de hospitalidad. ¿Verdad, forastero amigo?

Sube a Roncesvalles. En poco más de media hora nuestro coche salvará los cuatrocientos metros de altura que sobre los cuatrocientos cuarenta y cinco de Pamplona tiene aquella meta "sagrada". No temas ensombrecer tu espíritu con paisajes dantescos de angostos desfiladeros rocosos lle-

nos de fantasmas de la Historia. Los barrenos y la apisonadora te han preparado una alfombra mágica que no vuela, pero sobre la que puedas volar; es... un tobogán entre unas verdes laderas, y en cada revuelta te cambiarán un panorama delicioso por otro que lo es más. En algún momento sentirás un riesgo ante un viraje rápido sobre un talud impresionante; pero es cosa de juego. Una vez el autobús de línea sintió la tentación de saltar a las verdaderas hondonadas, escapando por la tangente; salióse... "y no hubo nada".

Además, los bosques de hayas y robles han bajado hasta los barrancos, y en los huecos que dejan crecen y florecen los espinos, que dan nombre a la región: Espinal es el pueblecillo curioso y encantador que nos abre la meseta; "Orreaga", en vasco, quiere decir "Valle de los Espinos", lo mismo que "Roncevaux", "Roncesvalle", o "Ronca-vallis", o "Erronzabal": poblados, campiña y río tienen el espino como emblema, valgan o no estas etimologías.

Luego de subir y de hacer allí una breve parada, en la que señalaremos aquella lejanísima sierra nevada que es el Moncayo y otros destacados hitos de la orografía pirenaica, nos volveremos cara a Viscarret, en un anchuroso valle, al que se baja suavemente; luego, cuesta arriba, sin notarlo apenas, entraremos en nuestro "ciclo carolingio".

Las casitas, dispersas, tienen la estructura común en el Pirineo nevado: cara muy blanca, de cal; ojos pequeños y caperuza o cubierta de tejuelas de madera verdinegra, que, en gran pendiente, llega casi a tierra. Suelo de prados, masas de bosque prieto. En el cielo, amenaza de niebla, enemiga del turista. Si baja, jaldíos paisaje, adiós evocaciones históricas! Te tendrás que quedar en uno de estos mesones de Burguete, de atuendo moderno y cocinera antigua, en donde la trucha y el pichón, o el salmón y la becada, y hasta el jabalí y el corzo, tienen glorioso fin.

Pero si el horizonte está despejado seguiremos hasta Roncesvalles. Está a la salida de esta altiplanicie de este inmenso prado florido, que te sorprenderá, como debió suceder a las huestes de Karl, el Rey franco que luego fué el Emperador más poderoso de la Edad Media.

Curioso árbol este "cerván del cazador", que aquí se multiplica fácilmente, lleno de bayas coralinas que las niñas ensartan para convertirlas en joyas. Y juguetones estos terneros, estas vaquitas rubias y estos potrancos salvajes de gruesa cabezota, breve cuerpo y largas piernas; luego éstas se quedan cortas y queda un tipo de caballo poco esbelto, pero muy estimado por los tartaneros levantinos que habrás visto en el ferial de Pamplona con sus cortas blusas negras, su faja negra y su sombrero negro y su caro mora. El que hoy es paseo de Sarasate se llamaba "de Valencia"; aunque el nombre haya cambiado, las relaciones cordiales entre los dos antiguos y tan diferentes Reinos continúan.

De Burguete a Roncesvalles es una hermosa "avenida", mejor que carretera, flanqueada, como todo el camino, de prados y bosques; recta, limpia. La encontrarás salpicada cromáticamente por los vestidos, cabelleras de aldeanas y señoritas de igual porte, sencilla y juvenilmente distinguido. Al final de la avenida (que debiera tener un nombre, pero no bélico), la Historia, el Monasterio-castillo de Roncevaux. Si llevas sombrero, te descubrirás y harás reve-

rencia a una de las cumbres del mundo occidental.

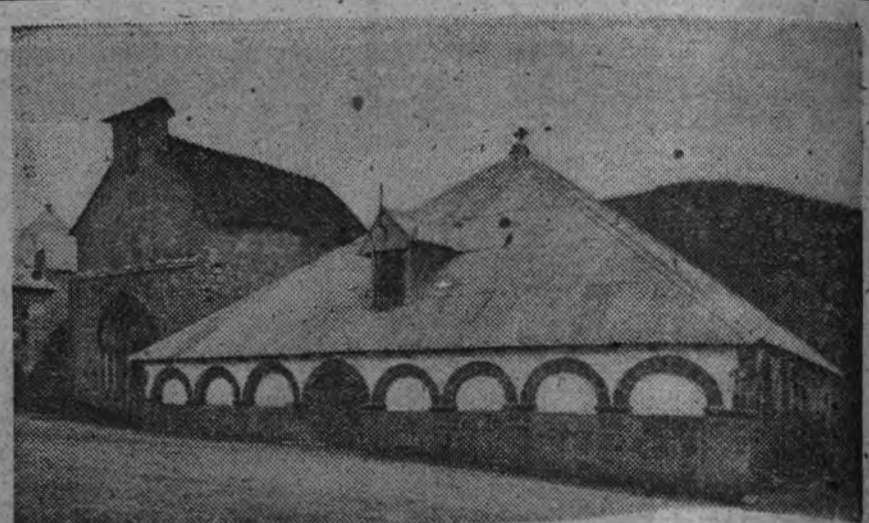
¿Ante quién el saludo? Ante la "Salve" que aquí nació en el siglo XI, y que entonces como himno militar los cruzados de Adhemar de Puy y como oración los marineros de las carabelas. Ante la fe de los peregrinos y los sacrificios de los cruzados; ante la caridad y la cultura monásticas, que acudieron a la devastación bárbara, haciendo posible un Renacimiento cristiano, y ante la civilización carolingia, que por aquí paso, acaso con designio equivocado entonces; ante el monumento literario que es la "Canción de Rolando"; ante la caballería y el heroísmo que simboliza su figura de leyenda. Ante el aquí sepulto y figurado en vera efígie el Rey Don Sancho, cuya fortaleza sufrió para arrancarse de los brazos amorosos de la hija del Emil, que le retenían en Marruecos, y se repuso para traer las cadenas de las Navas de Tolosa. Por último, pero no en último lugar, ante los hechos que pusieron aquí la cuna

del médico allí nacido en 1526, autor del "Examen de Ingenios".

Bajando de Cisa, llegaban los peregrinos a "Ibañeta", ya casi a la vista de la Colegiata, en donde Carlomagno había hecho levantar una gran cruz y una capilla sobre los sepultos restos de sus caballeros muertos en torno de Roldán. En Roncesvalles se encontraba una gran hospedería y uno de los cuatro Hospitales Generales de la Cristiandad. Luego llegaban a Pamplona, visitaban a San Miguel, seguían a Puente la Reina, a Logroño... ¡Buen viaje!

De dos peregrinos he de hacer mención. Uno fué Francisco, el "poverello" de Asís, el gran Santo de la dulzura, que todo lo vence.

Entonces (ya en el siglo XII) Pamplona no era "una" ciudad, sino cuatro burgos heterogéneos y mal avenidos: la Navarra, los burgos de San Nicolás, San Saturnino y San Miguel. Allí los naturales, allí los judíos, allí un núcleo de francos



Roncesvalles: Cementerio del Santo Espíritu e Iglesia de Santiago. En este cementerio singularísimo, que es una capilla, en cuyo centro se alza y surge al tejado la columna y cruz de Carlomagno, están recogidos, separadamente, los esqueletos hallados en Ibañeta. Es monumento nacional

del "Reyno de Navarra", y por ello del primer Imperio de España.

II. — Los peregrinos

De los hechos de Armas no he de hablar en una tregua festiva y en un período que la celebra; ya leerás mañana qué nuevas llamas se encienden en los aires, los mares, las islas y los continentes. Además, si la verdad de hoy se discute, ¿cuál será la verdad de aquellos siglos octavo al décimo, en que esta tierra se empapó de sangre? Cada historiador defiende una distinta; y son muchos y no acabaron.

Los peregrinos pasaban el cuello de "Cisa", o Cesáreo, siguiendo la calzada romana, a 1.400 metros, los mismos que subieron las huestes de Carlomagno con sus pesados carromatos, y las del Conde-Duque con sus cañones, y las de Napoleón. ¿Y ya estoy hablando de guerreros, contra lo que me proponía!

Aquellos peregrinos venían cantando alabanzas a Dios. Habían entrado en Navarra por "San Juan de Pie de Puerto", entonces merindad nuestra; ahora la frontera es el risueño "Val-Carlos", a poco más de dos kilómetros del puentecillo internacional de Arnegui. Los dos pueblos son encantadores. Hace muy pocos años era cosa de gustar una escapadilla a San Juan, unas cortas vacaciones bucólicas entre aquellos vecinos franceses que aun sabían reír sin estrépito, danzar sin contorsiones y sentarse finamente en una mesa bien surtida sin emborracharse. Hoy, no sé; pero temo que hayan desaparecido la sonrisa, la danza y la mesa. Si tornan los buenos tiempos, no pierdas la ocasión de ir por allá, en donde verás, además de caras bonitas, una broncínea conmemoración de "Juan de Huarte".

NAVARRA

"En el resurgir de España, se destaca Navarra como el núcleo de la vida. Fué Navarra la provincia en que se fijaba la unidad de los habitantes de la Patria; fué el crédito de sus héroes el que le dio de nuestro Alzamiento, y fué su juventud la que le dio el vicio del Ejército del Norte.

Durante toda la campaña, los navarros, con su bravura de requetés o en banderas de Falange y batallones rivales en el Ejército.

España entera rinde homenaje de simpatía a quienes no se sabe qué admirar más, si el valor de los guerrilleros o el patriotismo de quienes alegres entregaron la Patria lo más sagrado del valor y del sacrificio heroicos; por eso puede decirse que la Cruz Laureada de San Fernando es la Cruz Laureada de San Fernando a los héroes gloriosos.

Por todo ello, dispongo:

ARTICULO UNICO. Como recuerdo a la gran heroica de homenaje a quien tan recientemente atesora la vida de la Patria la Cruz Laureada de San Fernando, que, desde hoy, será grabada en la Cruz Laureada de San Fernando a los héroes gloriosos.

Espanoles: ¡ARRIBA ESPAÑA! ¡VIVA ESPAÑA!



Lauda de bronce del monumento a "La Canción de Rolando"

RONCESVALLES

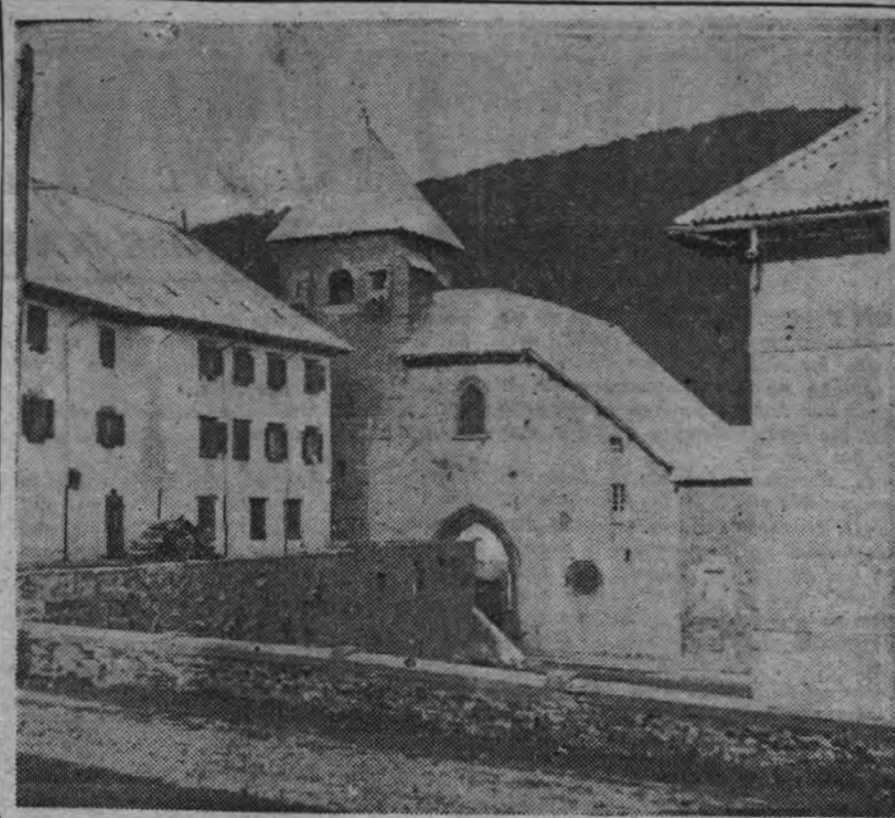
Dr. V. MARIST

indeseables... Robos, malanzas e incendios mantenían una terrible discordia un siglo y otro. De Francia venían malos vientos cuando la hoguera parecía extinguirse; si los cristianos tenían una tregua, saqueaban a los judíos. Hasta que Carlos III, "el Noble" (el de las Pocholas), consiguió unificar los burgos bajo una autoridad y una ley. En una de estas discordias debió intervenir San Francisco; al menos con el título de pacificador figura en el monumento que se le ha levantado; con el amansado lobo de Cubio, en la plaza que hoy lleva su nombre, para lo cual hubo que sacarse de allí a Mari-Blanca o Pomona, ya apeada de la fuente de la plaza Mayor y que hoy está en los jardines de la Taconera. La estancia del Santo en Compostela es conocida y señalada por curiosos episodios que no hay aquí lugar para contarlos.

Otro peregrino interesante fué cierto

poeta de Troyes, Cristián de Boisvert. Era de muy buen linaje, próximo de la Casa de Champaña, que nos dió como Reyes a los Teobaldos, uno de ellos también gran trovador; tanto que en la fachada de la catedral de Nuestra Señora de París figura con su laúd y es tomado por David incluso por los cicerones que la enseñan. Joshe-Mari Azcona, que sabe más que ellos, nos lo cuenta con gracia.

Este Cristián hizo su peregrinación; pero a su retorno enfermó y fué a morir en Roncesvalles, donde "repartió entre los que le rodeaban, enfermeros y peregrinos, no pocas medallas, excusándose de no darles más ricas preseas por haberse dejado en su casa cuantas joyas tenía, estimándolas para su viaje necia vanidad y peligroso cuidado". Dejó, sin embargo, para limosnas hasta cuarenta escudos de oro; y en su escarcela se halló "buen número de trovas amorosas y caballerescos romances", que fueron



Colegiata de Roncesvalles y juego de pelota

mente se encontró un fragmento de una hermosa versión española entre las páginas de un libro del Archivo de Navarra.

Es muy larga para ser cantada y aun para recitada en una sesión: ¡cuatro mil versos en estrofas de diez sílabas! Su autor fué un monje normando llamado Turoldo. La relativa exactitud de la geografía de la canción en lo que se refiere a Navarra, especialmente a la próxima al Ebro, y la circunstancia de existir en un monasterio de Tudela en aquella época un monje de este nombre, han dado cabida al supuesto de que se escribió allí, en francés.

Es un magnífico poema épico, hábilmente construido recogiendo leyendas relacionadas con la vida de Carlomagno que no resisten a la crítica de un historiador, pero cuyos acentos logran la emoción que se buscaba para encender el fuego de las Cruzadas contra los moros.

Aparte del tesoro filológico que para la lengua francesa supone, tiene el valor de haber engendrado un riquísimo género literario y servido de inspiración a obras geniales, como el "Orlando", de Ariosto. Es... la abuela de nuestros "Romances"; el de Bernardo del Carpio es una variante de la "Canción".

Se ha llevado también al teatro y ha sido tema de infinitos grabados, pinturas y esculturas. Un reciente libro de Paul Morand ("France, la douce") toma como motivo la formación de una empresa turbia que lanza con truhanerías una gran película sobre el argumento de la "Canción". Ello motiva una tremenda sátira contra los elementos esporádicos de la población francesa y el menosprecio de los artistas nacionales (o su ignorancia) por los grandes valores de la Historia y Arte del pasado. Al final de la novela, la "Canción" hace caer una lluvia del oro de los empresarios extranjeros sobre la "dulce Francia", ya muy agria cuando Morand escribió su libro.

La figura legendaria de Roldán tuvo su cuerpo real en un conde de la marca de Bretaña, sobrino del Emperador Carlomagno, que murió con sus nobles compañeros en Roncesvalles. La "Canción" ha llevado el nombre de este lugar por todo el mundo, uniéndolo eternamente al del paladín. ¿Qué menos podrá hacer Navarra por la "Canción" que celebrar el Centenario de su descubrimiento, como lo hizo? Tengo el orgullo de haber sido el promotor de tal conmemoración, que se celebró con asistencia de sabios representantes de las más famosas Universidades de Europa y altas dignidades de la Iglesia. La Junta Cultural de la Diputación facilitó los recursos para ello; con bien poco dinero levantamos un gran arco de piedra en Ibañeta, encima de una lauda en bronce que esculpi representando a Roldán en la paz de la muerte, y como epitafio un verso de la "Canción" en que se nombra a España. Hubo también un recuerdo en el monu-

mento para los vascones y hasta para los moros caídos.

En esta conmemoración tomó parte, con otros notables artistas y agrupaciones literarias y musicales, nuestro Orfeón, ahora en bodas de oro.

El arco se ha venido abajo dos veces al soplo de los huracanes, que allí soplan terriblemente; la última vez, la noche misma en que se encendieron las llamas que consumieron a Santander...

En Roncesvalles, como en San Miguel, había una campana cuyo sonido guiaba a los caminantes extraviados en las tormen-



tas de nieve. Yó la repuse, haciéndola fundir con figuras y esta divisa en latín que traduzco:

"Sueno por la paz de todos, la paz para ir y volver, la paz del comercio y de las letras."

En fin... Amigo forastero, sube a aquellas alturas sagradas.

En Roncesvalles, señor, siempre podréis encontrar un amigo sabedor, buen reposo, buen amor, buen beber y buen manjar.



La "Campana de la Paz", en Roncesvalles



Monumento a la "Canción de Roldán", en Ibañeta (Roncesvalles)

quemados; pero se guardó "una devota relación del viaje, que el autor llamaba "La canción de los peregrinos"; cuyo estribillo (utilizo la traducción arreglada por Luzalde) dice: "Rogamos a Santa María y a su hijo Jesús—que nos den su Santa Gracia—de este viaje en pago—para que en el cielo podamos ver—a Dios y a mi Señor Santiago."

Entre sus estrofas están las siguientes: "Cuando llegamos a la Montaña—llamada Cisa—al corazón me vino un pensamiento—de mi familia—y recordaba que al salir de nuestra villa—sin decir un adiós a nuestros padres—fuimos a nuestra guisa."

"Cuando llegamos a San Pelayo,—lejos del país,—hubimos de cambiar nuestras coronas—por maravedis—para pasar el Reino—de la Navarra,—que es una ingrata travesía—no conociendo su habla."

"Cuando llegamos, en Galicia,—a Ribadeo,—nos querían mandar contra los moros—a jóvenes y viejos.—Pero nosotros nos defendimos—en nuestra lengua—y les dijimos que éramos de Francia—y no de otra tierra."

Esta estrofa es una de tantas demostraciones de que se aprovechaba la afluencia de peregrinos a Santiago para leva de cruzados, entre los que figuraron con gloria los Teobaldos y el Rey San Luis de Francia, suegro del segundo, y que, como éste, dejó la vida en la empresa.

Pues para leva de cruzados se escribió...

III. — La "Canción de Rolando"

Como hoy romanzas sin palabras, hay canciones sin música. Esta es la más famosa, aunque no se halló su original íntegro hasta hace poco más de un siglo, en la Biblioteca de Oxford. Más reciente-

LA LAUREADA

(Texto del decreto de concesión de la Cruz Laureada de San Fernando a la provincia de Navarra.)

La Navarra de modo señalado por su heroísmo y sacrificio, e fijaba la mirada de los españoles en los días tristes del derrumbe de sus virtudes que la convirtió en la sólida base de partida para la vida que en los primeros momentos formó el nervio de la guerra legendaria, encuadrados en los tercios de batallas vividas en valor con las más distinguidas fuerzas y simpáticos las virtudes y alto espíritu de un pueblo en el que se ve brillantemente mueren en los frentes o la generosidad de la patria lo más querido de sus hogares.

ando el más paladín de nuestra Milicia, el símbolo más despo; por siempre puede estar más justificada la ejecutoria que o a las cruces gloriosas y simbólicas de su escudo.

rodo a la gran heroica de Navarra en el Movimiento Nacional y ora las nobles de la raza, concedo a la provincia de Navarra, desde hoy, grabar en sus escudos."

SOLDADO NAVARRO Y BUEN VINO

Por JOSE MARIA IRIBARREN

DON Teodoro de Ochoa, autor de un Diccionario de Navarra (1852), dice que ha sido el nuestro "país muy célebre en las Historias por el valor que sus habitantes han desplegado en todas las épocas siempre que han empuñado las armas".

Picaud, el romero francés de Compos-tela que escribió pestes de los navarros del siglo XIII, reconoce como sus únicas virtudes la lealtad en la guerra y la exactitud con que pagan sus diezmos a la Iglesia. Señala, pues, agudamente las dos características que habrán de distinguir a nuestro pueblo: la religiosidad y el guerrismo.

A veces sobre esta nota de belicosidad relampaguea un rasgo de fiera. "Gente feroz y bárbara", dice el P. Mariana de los vascones que se alzaron contra Suin-tila. ¡Y hay que ver la celosa indignación con que rechaza estos epítetos nuestro P. Moret... "Pueblo fiero y valiente" se ha llamado al navarro. Y el P. Isla, en la fina tronía de su "Día Grande", vuelve a insistir en la nota feroz que distingue a nuestras Merindades.

Hayan sido feroces o no nuestros abuelos (yo creo que lo fueron), queda un fondo que nos enorgullece: la valentía, el coraje guerrero.

Soldado navarro y buen vino
reza un refrán que aún dicen por Castilla. Y de un aragonés, de Eusebio Blas-co, es la copla farruca que popularizó nuestro Orfeón:

En los montes de Navarra
tiene su asiento el valor...

Navarro-Villoslada, describiendo a los mozos riberos "de condición ardiente y belicosa", dice que la mayor injuria para ellos, la que provoca riñas sangrientas y reyertas mortales, es la de "falsos".

(A más de un escritor forastero le ha chocado esta expresión de falso, en el sentido de cobarde.)

El mismo Villoslada observa que la primera reacción de una madre de la Ribera al ver llorar a su hijo porque alguien le ha pegado es increparle: "¡Falso! ¡Y te dejás?... ¡Sácale las tripas!"

Nuestro pueblo no quiere falsos, sino gente aguerrida desde la infancia. Las pedreas de pueblo a pueblo, entre mocicos, han forjado el espíritu de más de un guerrillero. Hojeando en el Archivo Provincial las filiaciones de los voluntarios que en 1653 marcharon a la guerra de Cataluña, me chocó que la mayoría de ellos tenían en la frente o sobre la ceja cicatrices de pedreas antiguas. En un libro de hace dos siglos su autor afirma que la mocina pamplonesa es la más belicosa, la más feroz que puede darse.

Volviendo a las mujeres y a su culto al valor, un general cristiano dice que en tiempos de la Guerra de los Siete Años las señoritas de Pamplona señalaban con su predilección precisamente a aquellos oficiales que más se habían distinguido por su heroísmo en la campaña. Y el viajero italiano Dembowsky cuenta que en tiempo de Zumalacárregui se veía a nuestras muchachas rechazar como indignos de su amor a los que habían huido de sus pueblos para librarse de las levadas de Don Carlos.

El gesto femenino se ha repetido hace seis años con los mozos de la montaña, movilizados para la siega en la Ribera, despoblada de hombres. Las ribeñanas les encajaban tales pullas, que muchos de ellos, heridos en su pundonor, cambiaron la hoz por el fusil.

Esta fama de valentía, de guerrismo, no es cosa nuestra, que nos la dieron los extraños, y, lo que vale más, los enemigos.

General de las tropas cristianas fue Fernández de Córdoba, y estaba en sus Memorias este elogio estúpido: "Los navarros, cuando llegan a identificarse con sus oficiales, son, creo yo, los primeros soldados del mundo."

El coronel italiano Ferrari, jefe en 1838 de la Legión Extranjera que peleaba contra los carlistas, decía: "Los navarros son soldados indomables, y dudo se encuentren en Europa tropas ligeras que puedan compararseles."

Mina probó mejor que nadie la valentía de sus paisanos. Por eso cuando, enfermo y envejecido, toma el mando de las tropas cristianas, resuelto a destrozarse a la facción, "organizó Cuerpos de naturales, que, aunque mirados por el Ejército con prevención por su extraño traje y modo de vivir, les preferían los jefes,

porque iban siempre en la vanguardia, se batían heroicamente y prestaban servicios que hubieran sido imposibles a la tropa". Esto dice Pirala.

El ímpetu ofensivo, el coraje en el embestir han sido las características del guerrero navarro.

El general Arlegui, que había conocido toda clase de soldados, hacía elogios del gallego, del astellano, pero afirmaba que el navarro era insustituible en el momento, terrible y bello, del asalto.

Henningsen, capitán de lanceros de Zumalacárregui, nos brinda acerca de esto una visión emocionante. Dice que, cuando herido el Tío Tomás, los carlistas atacaban Bilbao, sus defensores, pasmados del ciego ímpetu de los asaltantes, les gritaban:

¡Adónde vais, bárbaros navarros!

Aquellos bárbaros navarros que arremetían cara a la muerte con una torquedad



sublime eran los herederos de los que con su rey Teobaldo a la cabeza fueron a la Cruzada de San Luis. Y nos cuenta Guillermo de Aneliera que, por tierras de Túnez, peleando una vez en camisa:

No parecían hombres, sino diablos saltando sin temor a la muerte y a las heridas.

Eran los mismos que en la carlistada, armados de garrotes, le suplicaban a su general que los metiese en fuego aunque fuera sin armas, para hallar ocasión de arrebatarlas al enemigo.

Esta tozuda acometividad de los navarros explica su predilección por la bayoneta, que, como alguien ha dicho, es "el fusil de los valientes".

La táctica de Mina contra las tropas de Napoleón era una táctica de cuerpo a cuerpo: emboscar a su gente; al sonar el silbido, un mordisco al cartucho, una descarga y caer de improviso, bayoneta calada, sobre el contrario.

El empleo del arma blanca obedecía muchas veces a la falta de munición.

Cuando Mina apresó en Aribán el segundo convoy imperial, había repartido los cartuchos por plaza!

Chao, el vasco-francés, pone en boca de Zumalacárregui esta frase orgullosa: "La bayoneta navarra se hará célebre como la antigua hacha de los vascones."



Y el valiente barón du Casaz, ¡primista vendeano que peleaba con los carlistas, dice en su libro: "Yo he visto distribuir en un día de batalla siete cartuchos por plaza; de modo que se hacía necesario atacar al momento a la bayoneta. Este género de ataque era muy del agrado de los navarros, que, fiados en su fuerza corporal, no temían el combate al arma blanca."

En la segunda guerra civil la bayoneta brilló de nuevo en los combates. Ahí están las litografías. Y la copla de jota alusiva a los batallones, que aun recuerdan los viejos:

Para pintaria, el de Guías;
para rezar, el primero;
"pa" entrar a la bayoneta,
el segundo y el tercero.

En los primeros días del Alzamiento, los navarros sacan a relucir la bayoneta de sus abuelos en Navafria, en San Marcial, en Sigüenza. Cuando la guerra era una guerra en mangas de camisa, feroz, brava y romántica.

Otra de las virtudes del guerrero navarro, en el decir de los historiadores, es ese humor jovial y cantarín con que afrontan el riesgo y la muerte.

La jota es la canción de guerra aprendida por nuestros voluntarios en los Sitios de Zaragoza. De allí le viene ese aire belicoso, fanfarrón y viril que la distingue.

Los Guías de Navarra que creó el Tío Tomás entraban al combate cantando, como los héroes antiguos. Cada unidad tenía su canción para entonarla a coro durante las marchas. Zaratigui nos cuenta que el navarro en campaña, a menos que sus jefes se lo prohiban, canta mejor el día que se ve acosado de la sed y el hambre, y aun en el momento mismo de entrar en combate. Y refiere que cuando en la batalla de Asarta los carlistas divisaron a las tropas de Lorenzo y Orza, su reacción ante el enemigo fue ponerse a cantar, a bailar y decir agudezas con un contento inmoderado. Después aclara: "El lector que conozca el carácter de los navarros verá que no hay exageración en lo que contamos."

Hay otra cualidad de nuestra tropa que posó al forastero, y es su vigor para las caminatas, su resistencia a la fatiga.

El ya citado Córdoba dice en el libro de sus Memorias: "Los navarros marchan diez, doce y hasta quince horas, y al terminarla, como tengan vino y guitarras, prefieren el baile al sueño."

Cuando en 1838 la princesa de Beira y el Príncipe de Asturias pasan a España a reunirse con Don Carlos, el conde de Custine, que los acompañaba, participa de igual asombro ante los voluntarios que les dieron escolta desde Elizondo hasta Elgorriaga. "Allí—dice—es donde vi por vez primera estos terribles andadores de la Navarra, cuyos pies parece que devoran las distancias. Los cincuenta hombres que los escoltaban iban tan de prisa como nuestros caballos durante las ocho leguas del país que tuvimos que hacer, y por la noche me quedé admirado de ver bailar a estos mismos hombres en las calles."



Lo de bailar y enronquecer cantando al final de una marcha agotadora lo hacían a menudo. No como alarde, sino como expansión de un pueblo cantor y saltarín por naturaleza.

El barón de los Valles escribe por su parte: "He visto a los navarros trepar las montañas, recorrer los bosques y andar doce leguas en un día con los pies descalzos, sin recibir a menudo más que una cuarta parte de la ración; con un vaso de vino, un poco de aguardiente y un cigarro resisten toda clase de fatigas."

Quizá el ayudante de Don Carlos peque de exagerado. Lo que es verdad, porque lo cuenta el secretario de Zumalacárregui, es que en cierta ocasión las tropas de éste, aprehendidas de que su general no tenía calzado que dadas, realizaron descargas la jornada de Uzuma a Val de Ollo, a fin de conservar para el combate las alpargatas viejas que llevaban en la mochila.

Proezas aún mayores se efectuaron cuando la Francesada: Mina nos dice que con su División recorrió quince leguas en un día cuando en abril del año 12 voló desde el Alto Aragón a la sierra de Aribán para llegar a tiempo de caer sobre el rico convoy de Massena.



Cruchaga, su lugarteniente, realizó la hazaña bárbara de andar dieciocho leguas en un día!

Aquellos soldados de Mina, de Zumalacárregui y Radica eran terribles andarines, y al comparar sus caminatas con el poco uso que hace hoy el hombre de sus piernas, me llevo a persuadir de que la pavorrilla humana ha decrecido mucho en diámetro y en nervio.

Detalle interesante para asignar a nuestro pueblo la virtud belicosa es el de comprobar que su contagio llegó hasta el clero y hasta la mujer.

Todos los alzamientos del pasado siglo tienen a un cura por iniciador. Desde el párroco de Valcarlos, que formó la primera partida contra el francés, hasta el de San Martín de Unx, que se echó al monte con los carlistas a raíz del desastre de Cuba.

Por lo que atañe a la mujer, cuando en 1776 nuestra División eleva al Rey un Memorial acerca del servicio obligatorio, dice: "Bien sabe Vuestra Majestad que, en caso necesario, ha sido siempre un soldado voluntario cada miembro de este Reino, pues hasta las mujeres—están enseñadas a no gozar de su excepción, y han sabido, cuando ha sido menester, tomar las armas, cortar cabezas y ganar victorias."

Las roncealesas, las de Viana, la marquesa de Falces eran entonces nuestras históricas heroínas.

De la guerra contra Napoleón conozco hasta tres casos de Amazonas: Fermina la Navarra, que peleó en el Escuadrón del Brigante; Francisca-Paula de la Puerta, tuáelana, ascendida a alférez por el marqués de la Romana, y una Martina, capitana de Caballería, a la que apresó Espoz.

La raza de guerrilleras terminó con las guapas contrabandistas de la época romántica, que, según Villoslada, sabían manejar el fusil tan bien como los hombres.

En esta belicosidad hay mucho de solera racial, y hay, también, mucho de entrenamiento.

La historia de Navarra como Reino es una larga serie de contiendas. Contra visigodos y árabes; contra castellanos y aragoneses. Un remanso de paz bajo Carlos III y la guerra civil del siglo XV, tan enconada y sangrienta.

Luego, tras la conquista del Católico, las guerras imperiales, la dinástica... Y este dato que explica muchas cosas: en el espacio de ochenta años (1793-1876), Navarra es escenario de cinco largas guerras: contra la Convención, la Francesada, el Alzamiento Realista, las dos guerras civiles.

He leído, y no recuerdo dónde, que en la disposición guerrera de Navarra influye el precepto foral que manda al infanzón ir a la guerra con comida para tres días, y al villano con pan para siete.

No creo que esta ley de nuestro Fuero General tenga que ver con lo que hablamos.

En lo que coinciden varios es en que ese tesón mostrado por Navarra a través de sus luchas tiene su apoyo principal en la riqueza de su suelo. El guerrismo del navarro no es fruto de la sobriedad precisamente. Aunque diga una copla de jota:

Con un "peazo" pan y un trago
una guitarra y un real,
pasa un navarro la vida
lo mismo que un cardenal.

trata de una copla de vigilia, donde falta la carne. Cuando en Madrid temían que Zumalacárregui invadiese Castilla con sus tropas, Espoz y Mina, para apartar este temor, le escribía al Gobierno: "Los soldados fuertes que tiene la facción son muy viciados en materia de comer y beber y todo lo sufren sin quejarse, desmudez, porquería y fatigas, como no les falte la carne, el pan y el vino. Estos artículos no faltan en Navarra en grande abundancia y es la causa poderosa para que se mantengan tenaces en su empresa."

Y añade el general de los cristianos: "Los navarros se excusan siempre que puedan salir de su provincia en razón a que en ninguna otra hallarán los regalos que en la suya... En cuanto al navarro le falte la carne, el pan y el vino, se volverá a su tierra, abandonando a sus jefes y muchos sus armas."

Mina fiaba mucho en el apego del navarro a su país natal. Como fiaba el conde de Custine cuando cita en su libro el precepto de los 3.000 navarros que en 1835 fueron enviados a Cataluña y que muy pronto se volvieron a sus montañas arrastrando a sus oficiales.

Frente a estos testimonios, podrían aducirse muchos otros para probar que nuestros combatientes han sabido luchar en tierra extraña con las mismas virtudes que en la suya. No hace falta. El Alzamiento Nacional nos ha proporcionado la experiencia.

La experiencia... y la Laureada.

CADENAS LAUREADAS

Por ISMAEL HERRAIZ

Más de un ochenta por ciento de los mozos navarros eran útiles para servir al Rey en la hora de la paz. Con sus confesiones desaliñadas la estadística liberal aseguraba que sólo Guipúzcoa se adelantaba a su vecina en esta brega de la pujanza, en este afán numérico por dar un mayor contingente de reclutas a las banderas replegadas tristemente en los armarios de caoba de los cuarteles. Eran los tiempos en que la desgana y el olvido de la picante humareda de la pólvora replegaban el alma de la juventud española y la obligaba a encoger el torso en el instante obligatorio y sacro de la leva militar. El navarro seguía siendo soldado, y buen soldado, y el tórax que había sorbido los diáfanos vientos del Arga se adelantaba orgullosamente a la cinta métrica. ¿Cómo podía negarse la utilidad para las armas a un hombre de Lecaroz, de Azpilcueta o del valle de Esteribar? El índice impúdico de las cifras oficiales señalaba el pecho de Navarra, casi como el de un gigante alzado en medio de la feria española. ¡Buen recuento, de robles! La diana seguía sonando casi con trémolos sensuales en el corazón de un navarro. El clarín y el paso de carga hacen saltar a esta raza que se aprieta santamente entre el Ebro y el bastión pirenaico, y el toque de llamada golpea igual en la casona con escudo de Sanquésa que en la choza del leñador que tumba hayas por los caminos del Baztán.

Decíamos que un ochenta por ciento eran útiles en tiempo de paz, y la estadística era como una citación florecida del vigor de una sangre. Y luego, ya la guerra. ¡Al diablo la estadística! ¿Por qué al roncalés de sesenta años con una boina roja quiere la estadística cerrarle el paso hacia la guerrilla? ¿Quién le dice a quel seminarista de latines de Almandoz que su puesto está en aquella columna de la estadística que encabeza una palabra vergonzante: "inútiles"? El se sujetará bien sus gafas ante el punto de mira..., pero, desde luego, irá a la guerrilla.

Nunca ha sido empleado mejor un escudo. Con cadenas se ató a sí misma Navarra y sujetó su alma, lastrada y fuerte, en medio de la riada que empujaba hacia las peores soluciones todo el sino español. Cadenas de Navarra sujetaban con un dolor tirante y con una esperanza silenciosa todo lo que granítica insondable y eternamente era piedra angular de la Patria. Viejo barco, anclado en el estribo más peligroso de la marea, en la abertura misma fronteriza donde el peligro asedia desde todos los siglos, Navarra echó a fondo las cadenas de su escudo y esperó serenamente el día. Pareció que sobre las gentes de la Ribera, sobre los caseríos de vera, Echalar Lesaca, Yuna y Aranaz, entre las casonas de Estella, pesadamente adormilado en los valles de la derecha del Arga, el tiempo del mundo había cerrado sus párpados.

Acaso era esa la ventaja de Navarra.



Mientras los demás hacían arder demoníacamente el tiempo, ella lo dejaba nada más que dormir en paz y en gracia de Dios. La guerra la sorprende con la sangre fresca y jovial de la amanecida, con un desprezo vigoroso y marcial ganando todas las venas de Navarra. Se la enciende el estío, quebradas ya por sus hombros la torada enloquecida y la alegría campesina y ruidosa de los San Fermes, y un eco tremendo se alza en la misma barra fronteriza en respuesta al otro grito levantado también—¡oh milagrosa se-

mejanza militar!—al borde de una frontera idéntica. Africa y Navarra se gritan sobre el hacer y deshacer de las primeras jornadas; mientras todo el alzamiento militar planea sus trincheras, va cubriendo los boquetes de las deserciones, las infelicidades inevitables de aquel estrépito guerrero que recorre España como un huracán.

Ahora ya Navarra ha desatado su alma de las cadenas de su escudo. Es posible caminar al encuentro y a la voz de un hecho nuevo que canta estrofas militares y se organiza en líneas azules y extensas por toda la faz de la Patria. Entre las pardas formaciones de la vieja causa, las escuadras falangistas crecen por horas como nueva marea impresionante que busca los caminos de la frontera, por un lado, llenando de fervor y de banderas la cuesta, dormida en nieblas de Velate. Hacia el Sur, a través de los residuos anarquizantes acampados por tierras de la Rioja, los navarros buscan la línea natural de la invasión hacia la capital de España.

Navarra está plenamente hundida, con audacia de avanzadilla, en la empresa total de España. Yugos y flechas se bordan también en las viejas banderas, y una bravura excelsa gana al viejo y al joven requeté, al antiguo y al nuevo falangista. Se encuentran, hombro a hombro, en la marcha de aproximación hacia el enemigo con el alborozo granado y glorioso de las Fa-

langes castellanas, con las escuadras que han bajado desde Galicia, con el himno primaveral que se empalma en la garganta de los que mueren con viejas canciones de la facción carlista.

Ni una sola palabra falangista debe de abandonar en su intención absoluta, el deseo de englobar y de resumir todas las gestas gloriosas de la victoria de Franco, en una sola y altísima historia de todos. Sabemos que cada región española ha dado en la hora inmortal de la llamada sus mejores ejemplos y su mejor sangre. Cualquiera fórmula que intentara desgajar de la común gloria española una sola rama del heroísmo nos parecería criminal. Todos a una, con un mando único y con una sola ilusión dimos a la Historia un tiempo bien repleto de ejemplaridades y de anhelos.

Hoy, en nuestra preocupación española de cada día, SI trae la presencia y el escudo de Navarra. Las cadenas laureadas son hoy, por voluntad y orgullo de la Patria, uno de los símbolos más puros de la Victoria. A la vieja tierra que desde el Ebro a la frontera se adelanta en el servicio permanente de España, a las cruces y a la tierra de sus muertos, a sus hombres de antes y de siempre, se ciñe hoy la unidad exigente de la Falange, que encadena amorosamente a toda la física armazón de España y a su esperanza frente a la Historia.

INDUSTRIAS FERMIN ASTIBIA

FABRICA DE MAQUINARIA AGRICOLA

SAN JUAN :: PAMPLONA

TELEFONO 1557

ELECTROACEROS

Fundiciones al horno eléctrico de acero moldeado y piezas de — hierro colado al cubilote —

ECHAVACOIZ :: PAMPLONA



CUATRO ESTAMPAS NAVARRAS

Por MANUEL IRIBARREN



I. — Misa en la aldea

LUEVE en el Baztán de una tan dulce manera que, a proponérselo, el oído percibiría suspiros musicales, se desfilan las nubes blandamente, voluptuosamente, colgando perlas acuosas de las ramas de los árboles y esmaltando los amenos prados. La lluvia disuelve las masas de color y todo el paisaje adquiere una verde tonalidad grisácea de égloga nórdica.

El pueblecito se encarama monte arriba. Casas cuadradas de piedra, sin medianiles donde apoyarse. Casas hidalgas, y por hidalgas independientes. Hasta la más humilde chabola tiene ese sello inconfundible del rango campesino.

Domina el pueblecito, deslindado por montones de heno, mazorcas y chirridos de carretas primitivas, la torre de la iglesia.

Es domingo y las campanas tocan a misa mayor. Tienen las campanas quedos sonos de esquilas adultas. Hombres y mujeres, vestidos de negro, ascienden por un camino empinado, salpicado de guijos relucientes. El atrio se los engulle, unos tras otros, con mística glotonería. Portan las mujeres cestillos de paja con las enroscadas, cerillas que arden secularmente sobre el rectángulo de la tumba familiar.

Delante del pórtico hay una reja para impedir que los cerdos, que hozan por las inmediaciones, profanen el templo.

Todavía existen las dos pilas de agua bendita, una para los naturales y otra para los descendientes de los "agotes", raza inferior sobre cuyos orígenes se han dado versiones contradictorias.

En el templo hombres y mujeres permanecen separados. Cantan los hombres en el coro, repitiendo los latines con una prosodia bárbara. Sobresale la voz de sochantre del secretario que, en su juventud, fué por una temporada barítono del Orfeón Pamplonés, lo que, a los ojos del párroco, le concede voto de calidad en ciertas discusiones.

Transcurre la misa con arcaico sabor. Algo parecido debían de ser las ceremonias de los primeros cristianos. Rezan los asistentes por sus difuntos...

En tanto, la lluvia pule los cuernos del dios Pan, que, sirga en mano, corre a cobijarse en un establo. Las vacas, cuyas tibias ubres acaricia, lo reciben con un mugido de salutación. La vaca en el Baztán es un animal casi sagrado.

II. — Almadías

El río, plético de pujanza primaveral, se amansa en la "foz", un desfiladero de rocas sombrías, con vivos tonos de boj y de retama en las junturas. Sobre la corriente, apenas perceptible, se desliza una

larga embarcación de maderos trabados entre sí con ramas maceradas. La pilotan dos hombres, uno a proa y otro a popa, con recias estacas que quieren ser remos. Es la almadía. Viene, Escá abajo, desde las ásperas cumbres del Pirineo, afrontando peligros. No tardará en saltar sobre la presa propinqua, sumergiéndose en remolinos de espuma para poner a prueba, una vez más, la destreza y sangre fría del almadiero. Este no siempre consigue librarse de las asechanzas del río, y expulsado violentamente de la embarcación por la traición del cauce, alterado por las avenidas del invierno, suele perecer ahogado bajo las aguas.

Hasta afluir al Ebro lucha y vence, por lo común, en duras jornadas, a las fuerzas ciegas de la Naturaleza.

El almadiero es del Roncal, un valle rocoso y bravío, lindante con el alto Aragón.

Muéstrase el navarro orgulloso de su condición a todo lo largo y ancho de su tierra. Entre los navarros, los roncaleses acusan perfiles propios de señorío. El roncalés es roca y árbol. Roca que vence y árbol que domina. Por encima de los elementos físicos que le rodean, estima al hombre en su justo y primordial valor y lo



proclama en una jota que gargantas y libros han divulgado:

Para vinos, Artajona;
para praderas, Baztán;
para olivares, Tudela;
para almadieros, Roncal.

El almadiero es, además de un superviviente de la prehistoria, un símbolo tangible. En él se encarnan las virtudes del hombre primitivo, las virtudes de su raza, en eterna lucha con el medio hostil.

De ahí que el Roncal produzca luchadores, domeñadores del Destino.

Recordamos al gran capitán Pedro Navarro, al que se atribuye la invención de las minas, cuya gloria militar puede hoy parangonarse con la de Gonzalo de Córdoba, su jefe.

Recordamos a Julián Gayarre, que buscó y ganó el éxito más apetecido de su época y que, no obstante la psicología especial de los grandes cantantes, mantuvo íntegro su carácter viril en todas las fases de su carrera.

Burlan las almadías las emboscadas del Escá y corren, audaces, salvando presas y espolones de puentes, camino del Ebro. Como hace cien, como hace mil años.

III. — El "americano"

Está sentado a la sombra de unos plátanos. Sigue con la vista la negra silueta del cura que ha conversado con él, en amable plática, sobre los asuntos concejiles. Obstruyen el camino unos buyes barcinos, tristes y perezosos como poetas románticos.

Hace calor. Declina la tarde. Las bravas cumbres de Aralar aparecen envueltas en "boira". Un cielo opulento, de azules y blancos fugitivos, comunica al valle una discreta luminosidad que no destiñe el verde húmedo de los helechos.

El "americano" lo contempla, abstraído. Recuerda el cielo ardiente de la Pampa argentina, inmenso, apocalíptico, apoyado en la línea exacta del horizonte. Cuando estaba allí solía recordar, en la melancólica dulzura de los atardeceres, este otro cielo de su tierra natal, poblado de nubes andariegas.

El sudor perla su frente. Se le enjuga, quitándose el blando "jipi", con un impoluto pañuelo de hilo. Sus sienes canosas están cargadas de experiencia. Sin ser viejo, deslízase ya por el declive de la madurez. Viste chaqueta fresca de astracán, pantalones blancos y anticuado chaleco, cruzado por gruesa cadena de oro que luce, como dije, una librá esterlina con el busto de la reina Victoria. Creyente de la leyenda áurea, debe al dinero su ventajosa posición.

El "americano" se siente a gusto en el lugar. Sabe que su opinión pesa; que los muchachos le admiran, considerándolo como un estímulo a la aventura; que nin-



guna madre del pueblo le negaría a su hija si la solicitara en matrimonio. La fuente de la plaza es obra de su filantropía. Asimismo el frontón de pelota, donde, los domingos de verano, se da el capricho pródigo de regalar a la mocedad con rondas de buen vino de la Ribera.

El "americano" no se despidió de cruzar el charco de nuevo y darse una vuelta por los ricos pagos. Le alienta la ilusión del retorno. La última vez fué recibido por el pueblo en masa; con el Ayuntamiento a la cabeza, bajo arcos triunfales de boj. Los "chistularis" afinaron sus agudos y se dispararon cohetes de Orequieta en su honor.

Suena la campana chica de la iglesia llamando al rosario. Su voz, triste y alegre a un tiempo, acalla el pagano regocijo de la Naturaleza, espiritualizando el paisaje. El "americano" se levanta, respetuoso, y dirige sus pasos al templo.

Dentro de la ordenada vida de los pueblos montañeses navarros, el "americano" es un personaje, casi una institución. Y su influencia se ha dejado sentir, incluso, en la arquitectura. No es raro ver, sobre fondo de robles y encinas, que fingen cactus, algunas casas con amplios balcones corridos de indudable traza colonial.

Como personaje de aventura, el "americano" protagoniza a veces la leyenda. Recordemos aquella del mozo enamorado que abandonó su pueblo con la idea de enriquecerse. La víspera de la partida se despidió de su novia. Un parco dúo de pro-

mesas selló el futuro de los jóvenes. El volvería para casarse y ella aguardaría su regreso. Al cabo de los años volvió el mozo, enriquecido, pero encontró a su novia casada. En "venganza" puramente moral, levantó un suntuoso palacio delante de la casa de la infiel. "El palacio del indiano" se le llama desde entonces.

IV. — Litografía estival

Una senda al hilo de los árboles, avasos de sombra. En torno, el oro viejo de las rastrejeras. Algunos haces de trigo, acostados aquí y allá, esperan su turno para desparramarse en abundante parva. El cielo es como un profundo mar de añil sin navecillas algodonosas en su superficie. Un aire calmo pulsa delicadamente las invisibles cuerdas de la cítara de Apolo, en privada audición para poetas áulicos. Ello produce intenso regocijo entre los pájaros cantores, ocultos en las enramadas.

Sestea Pamplona sobre el secular cimiento de sus murallas. Los renegridos bastiones desaparecen entre cortinas de verdura. De un lado, la piedra tostada de la Catedral con sus pesadas torres; del otro, el ascético y sucio ladrillo del Convento de los Carmelitas. Las blanqueadas y desiguales traseras de las casas aprétanse con solidario afán de permanencia, de inmortalidad casi. Mellan el contorno, por aquella parte de la ciudad, las hendiduras del portal de la Rochapea y la de la bajada a la estación, correspondiente al antiguo portal nuevo. Lumbreras y ventanales despiden, a contraluz, cegadoras chispas, cambiando con el sol raudas señales de fuego.

Las sombras crepusculares se arrastran sobre la tranquila corriente del Arga, embosando las arboledas en tules de misterio. Todo el paisaje se tiñe de la melancólica tonalidad de una tabla flamenca. Aquí y allá, ascienden inmóviles columnas de humo. Un tropel de muchachos corretea en derredor del humilladero de los Capuchinos. La espadaña de la iglesia, dorada por el sol poniente, se hunde poco a poco en la sombra como una cabeza bajo la sobrecama de la noche. Cerca de un ruinoso lavadero, unas mujercas discuten a media voz. Dialogan los caños de una fuente. La mole terrosa del Convento de San Pedro, triste y áspera como franciscano sayal, prestigia su enigma en el dulce desfallecimiento de la tarde. Se encienden estrellas en el cenit, remedando luces madrugadoras de verbena sideral...

FABRICAS DE MOSAICO, DE PIEDRA ARTIFICIAL Y DE BLOQUES HUECOS DE HORMIGON VIBRADO

SUCESOR DE ALBA H. NOS

Manuel Idoate

TUDELA: Capuchinos, 22. T. 66.
CASTEJON (Navarra)
Calle Ebro, 1. — Teléfono 19

FABRICA DE GENEROS DE PUNTO

Lanas para labores
EDUARDO ALMOGUERA

Don Angel Franca, 6
Tudela :: Navarra

CERAMICA
J. MENEZ, S. L.

TELEFONO 144
Tudela (Navarra)

MATERIAL ELECTRICO REFRACTARIO — FABRICA DE CERAMICA GENERAL

BLOQUES de hormigón vibrado OMEGA
JOSE MARIA PEREZ ARCOS
TUDELA — NAVARRA

VERDADES DEL ENCIERRO

Por R. CAPDEVILA

SOLO un pudor a lo tartufo o un concepto erróneamente desligado de la entrañable realidad humana de las cosas puede escamotear en el panorama de la vida navarra la nota de color que le pone a Pamplona la fiesta del encierro de los toros a la hora del San Fermín. Que no es tan sólo "nota de color" en el sentido tópico y moderno al que esa locución había llegado, sino que lo sigue siendo—por los siglos de los siglos, amén—en la acepción verdadera de pincelada indispensable, tan ineludible como el juego de luces en un paisaje o de matices para la expresión en un retrato.

Sería el encierro tan sólo un número más, municipal y espeso, para atracción de forasteros, en el cartel de San Fermín y su reiteración anual lo tendría gastado y marchito, como marchitas y ajadas—y muertas al nacer—aparecen en todo "programa de ferias y fiestas" tantísimas cosas al margen del fervor popular, que no pasan de ser un vano intento de supervivencias y de evocaciones ficticias. Lo notaría el visitante forastero, como lo nota en otras ocasiones y lugares, confundido en la masa indiferente de dos aceras frías festoneadas de guardias urbanos inactivos. Y muy con el contrario, ¿quién puede decir esto del encierro?

Nadie que haya pasado de simple contemplador de fotos—que no es poco!—a testigo de vista de la indescriptible taurobolia intraurbana y matinal de la capital navarra, osaría afirmar semejante blastemia negativa. Por escaso sentido de adaptación al medio que se tenga; por más aguda taurofobia que se sufra, no habrá quien se atreva a desvirtuar, cuando se conoce el hecho, la realidad de aquel delirio. Que para mí yo tengo que no sólo no gana, sino que pierde mucho con la asistencia del extraño, pues aparte el aspecto merchante y de alboroto que pueda redundar en beneficio del comercio y del color local—de ahí como de todas las ciudades—en la crujía momentánea del festejo con la incrementación de eso que se llama "la población flotante", la intrusión de la masa forastero no sirve acaso sino, un poco, para profanar lo que el encierro tiene en sí de rito y lo que la carrera de los mozos indígenas y técnicos implica de verdadero y sabio "oficio". Pamplona cerrada por todas sus puertas y caminos al acceso de las gentes de fuera, celebraría con idéntico enloquecimiento y con "mejor lidia" taurina la ceremonia del encierro!

Y cuenta que "el encierro" no es

cosa de un día. La fiesta se repite, consecutivamente, cuatro, cinco, o seis y siete veces en el transcurso de la feria, y cuatro, cinco, seis y siete veces la ciudad es un largo alarido que sube desde el Arga, serpentea en las calles angostas al pie de las iglesias y de los centros oficiales—y a las puertas del íntimo comercio y del abierto hogar—, prosigue a la demanda del embudo lejano de la plaza, recalca, se detiene y revienta un momento en la pompa del ruedo enloquecido de emoción y colores, y al fin, se desvanece lentamente bajo los cielos matinales—trasparencias altísimas—, cuando los toros fatigados se paran ya, alentando, a la sombra arbolera de corrales. Le queda a la ciudad, para todo el día ahora, la agilidad del fuerte desperezo, ¡la alegría viril de haberle ya jugado y ganado a la Muerte la primera trastada de la fiesta!

La primera trastada, que se comenta luego toda la mañana, en gran familia, igual que la familia runrunea la diablura del chico al despertar. La primera trastada, que muchos hilan ya con la del día siguiente, asomándose a la alta muralla para mirar de lejos la caja de juguetes que más allá del río entreabren las manos vegetales de la vega en los viejos corrales "del Gas", donde quedan más toros que correr y donde acaso están desembarcando a la hora meridiana más toros y más toros que correr. La primera trastada, que a la tarde ¿cómo han de mejorar los mocitos de luces y caireles, holgados en el anillo—a la mañana hecho turbión—ante el tendido de los mozos en danza y algazara—a la mañana hecho pavores de mujer y de anciano—?

La primera trastada, que se empalma por esa segunda trastada de

la corrida vespertina y zumbona, con la trastada última del día. La que ahora le juega a Pamplona, en las primeras horas de la noche, la mano tutelar que rige y hace, a cencerros tapados—o casi sin destapar—, el "encierrillo" del silencio. Porque la noche es mala para andarle con bromas a la Muerte, y conviene llevar a la Muerte por los caminos solitarios a una hora sin hora que burle malsanas curiosidades.

La corrida que habrá de encerrarse y lidiarse mañana, va a subir desde "el Gas" de la Vega, cruzando la puente del río, a dormir en el hondo carrojo que al pie de la muralla y a la parte exterior del baluarte, se cobija donde el portal heráldico, historiado, que da a la Rochapea. Pamplona, allá detrás, es un alcor rampante por los cielos enlucrados de la noche: desde su enorme giba orlada por murallones tapizados de yedras con lagartos, se entreoyen transparencias de luminarias tenues y se entrevén rumores de multitud en fiesta; un penacho de palmas reales y un metálico bombonear de fuegos de artificio, corona a la ciudad de un ilusorio ensoñar infantil.

Y es entonces, quizás, la mejor hora de la taurolatría pamplonesa. Porque es la última hora de la preparación del rito, de la caricia en sombras a las víctimas con que propicia el sacrificio de su fe, la capital pamplonica. Los toros, arropados por la parada de cabestros y areados a pie por vaqueros—por viejos vaqueros—navarros, desfilan en un trote de libertad impacientada, por largos callejones de suburbio. Salen pronto a la breve ilusión campesina del río, cuya choppera entona la melodía blanca y negra del nocturno que avanza en los cielos espesos de tachones, y toma al fin la rampa que trepa a la ciudad. ¿Cuántos minutos, Dios, cuánto tiempo este paso?

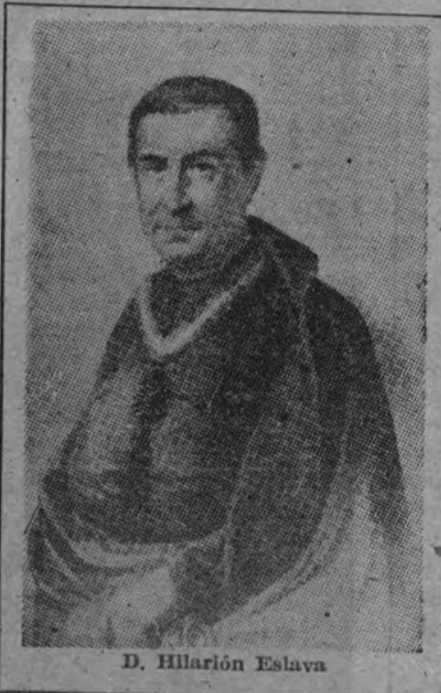
Yo no sé cuanto tiempo. Acaso, dos minutos. Pero minutos de estos con que el hombre fracasa en el medir la inmensidad. Minutos de Universo, de Eternidad y Cosmos, de Luz y Sombra claras sin principio ni fin. De fondo sin fondo, como fondos sin fondos de esa noche flechada por gritos y portazos—a media voz y medio golpe—que empiezan a agitarse en el silencio; cuando los toros ya han pasado y se escuchan lejanos, de gentes—quiénes son?—que han venido—de dónde?—a imaginar un sueño—cuándo?—. De sombras que han venido a no ver. ¡A no ver: a sentir, "el encierrillo" de los toros!...

Nuestros músicos de antaño

(Viene de la página 12.)

fuerzas vivas de la ciudad, que tomen el ejemplo del "Diario de Navarra" y del Sr. Isturiz, organizando concursos de música y, sobre todo, del ambiente de algunas distinguidas familias que practican aquí el "slogan", puesto en práctica por una ilustre profesora de Barcelona. "Ande la gaita por el hogar", celebrando periódicas sesiones musicales en sus casas familias pamplonesas de señero "pedigree" musical, en el que apuntan ya valores de preciosas cualidades innatas, y otros de otros hogares menos afortunados en este aspecto; no dudo que si no se malogran estos brotes, Navarra resurgirá; porque hay "madera" de sobra. Cuidemos este jardín, el más bello, y que nuestra querida Navarra vuelva por sus fueros en el Arte, siguiendo la ininterrumpida senda que abrió aquel que fué humilde pastorcillo, descubierto providencialmente, cantarín bullicioso a orillas del Arga.

José ANTONIO DE HUARTE



D. Hilarión Eslava

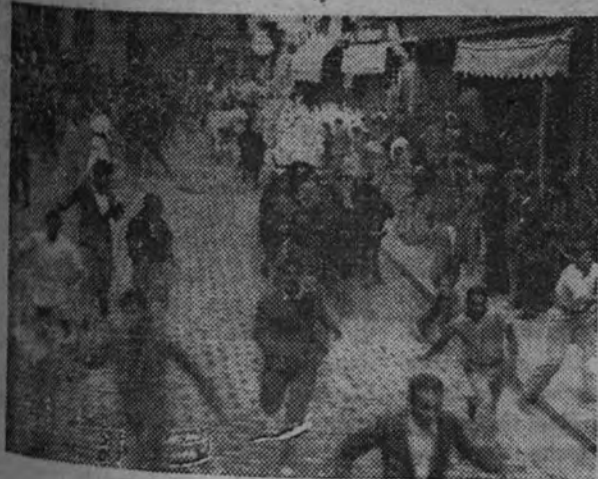
El príncipe Carlos de Viana

(Viene de la página 5.)

absoluta la verdad enorme, la verdad que es la realidad de la vida, de que sin sacrificio no hay salvación, y de que Navarra no era un Reino colocado en un confín para despertar las jaurías de las ambiciones; ni las traillas de los siete pecados capitales, sino para ser el escudo invulne-

rable de todos los reinos de la Patria, reino de todos los reinos, nos dió a este príncipe de Viana, equivocación lamentable de los hombres, pero figura dulce de la voluntad divina, y que, como Abraham a su hijo, arrojó su corazón amoroso en el fuego del sacrificio...

ELADIO ESPARZA



NUESTROS MUSICOS DE ANTAÑO

Por JOSE ANTONIO DE HUARTE

CON un pie en el estribo, como vulgarmente se dice, preparando un material de orquesta que me preceda para enviarlo al Palacio de la Música Catalana, un distinguido "dilettante" pamplonés en el arte me llama al teléfono para rogarme la preparación de unas notas referentes a los músicos navarros del pasado siglo: El tiempo apremia, perdonarás, caro lector, que estas deshilvanadas líneas no vayan con el ornato y galanura que tú te mereces.

Hilarión Eslava

Desde la aparición de Eslava a la celebridad, nacido en los albores del ochocientos, hasta la triste fecha del 20 de septiembre de 1908, en que desaparece la figura mundial del violinista Sarasate, Navarra es una tierra de predestín para el puro arte de los sonidos. Parece como si la Divina Providencia, después de habernos regalado a manos llenas santos universales, grandes reyes, guerreros, estadistas, médicos, filósofos, historiadores y literatos, se hubiese complacido en darnos todavía lo mejor, lo más cercano a su divinidad, después de los arrobos místicos de los Fermín, Javiers, Saturninos, Virilas y Veremundos: la Música.

Piedra angular de ésta, del movimiento musical en Navarra, el adelantado, el "pionero", el que valientemente descubre y ensancha nuestro horizonte musical, oscurecido en cerrada fronda, es Hilarión Eslava, nacido el año 1807 en Burlada, cuando Europa ardía en las guerras napoleónicas; con él se hace "la luz" en nuestra ribera y en nuestra montaña, y a su brillante resplandor van surgiendo, una tras otra, figuras maravillosas en el mundo del arte, algunas de ellas tan gigantes, que no tuvieron rival alguno que empañara su gloria, cuyos nombres figuran en letras de oro en las más importantes Enciclopedias extranjeras y tratados de técnica en el arte.

Pero así como la perla escondida en el fondo del mar queda oculta a la luz del sol, sin el esfuerzo y sacrificio del apasionado pescador que la extrae de las tinieblas, el descubrimiento de Eslava lo debemos a un sacerdote, a un tal don Mateo Jiménez, a quien si bien no le seducían las perlas ni el oro, ni le interesaba encontrar las obras que con tanto afán descubren los arqueólogos, si le interesaba, y mucho—era su debilidad—, encontrar voces de niños frescas y timbradas para el Colegio de Infantes de la Santa Iglesia Catedral, de la que era rector, dándose tremendas caminatas por los pueblos circundantes a Pamplona en su búsqueda, teniendo que luchar muchas veces, cuando había hallado lo que quería, con la contumaz oposición de los padres de los niños, como ocurrió con los de Eslava—aun no tenía ocho años—, a quienes no conquistó de buenas a primeras, teniendo que volver por él, prendado de las condiciones de este chiquillo, cuando al cuidado de albo rebaño de corderos, cantarín bullicioso, le sorprendió a orillas del Arga improvisando melodías que le llamaron poderosamente su atención. Captado, al fin, para la Santa Iglesia Catedral, el nuevo educando, ante la severidad y magnificencia del culto, sintió el sencillo pastorcillo una vocación profundamente sentida, que le arrastró a la carrera sacerdotal, al mismo tiempo que ensanchaba sus conocimientos musicales, yendo a beber en nuevas fuentes en Calahorra con el maestro y sacerdote Sr. Sacanilla en 1828; al año siguiente (tenía dieciocho años) ya lo vemos opo- sitando a maestro de capilla en Burgo de Osma, primer jalón de sus triunfos; cuatro años más tarde lo reclamaba la Catedral de Sevilla, y después Madrid, en donde recibe los máximos honores, siendo nombrado maestro de capilla del Palacio Real, profesor de composición del Conservatorio y director del mismo, haciendo e imponiendo grandes reformas. Ha dejado a la

posteridad producción enorme; entre ésta destaca "El método de solfeo", "El Te-déum", "La Misa de Difuntos", "Las Lamentaciones", "El Dies Irae" y la "Paráfrasis de la Cantiga de Alfonso X el Sabio", lo mejor de su genio. El cisne de Pesaro, autor de una de las joyas más universales—"El Barbero de Sevilla"—, pondrá a Eslava con estas palabras textuales: "Sus obras son magníficas, escribe para las voces como nadie sabe hoy escribir en Francia ni en Alemania, y como no se ha hecho desde Cherubini."

Como dato de su versátil inspiración y de su entereza de carácter, encontrándose mal de recursos en Sevilla, al disminuir la revolución los emolumentos del Clero y para aliviar su situación, contra viento y marea del cabildo catedralicio, escribió tres magníficas óperas: "Don Pedro el Cruel", estrenada en Sevilla, y el "Solitario" o "Las Treguas de Toleda", en Cádiz, con un éxito sin precedentes. Es curioso que tanto en Sevilla como en Madrid, que

vanta el espíritu de nuestros músicos, creando y fundando la primera agrupación musical madrileña, a cuyo acicate surgieron todas las demás de España, y de la que dimanaban nuestras grandes orquestas; a aquella primera agrupación que él creó puso el nombre de Asociación Artístico Musical, dirigiendo los primeros conciertos en el teatro de la Zarzuela, del que fué propietario.

En 1823 nace Emilio Arrieta, de humilísima familia. Falta de tiempo y espacio me impide hablar de su niñez. Casi de milagro se traslada y vive en Madrid, donde recibe lecciones musicales de solfeo de un profesor llamado Castillo; dotado de genio músico y de temperamento andariego y audaz en una época de pleno romanticismo, deseoso de conocer la patria del "bell canto", de los jardines y monumentos de arte, consigue un pasaje para Italia, llegando a Milán. Hombre de gran talento y distinción adquirida en la Corte, el conde de Litta, gran catador de talen-

pléyade de compositores, los grandes maestros Bretón y Chapi.

El legado de sus composiciones, especialmente de zarzuela grande, es importantísimo; culminando su fama con "Marina" y el drama lírico, quizás su mejor obra, "San Francisco de Sena", considerada la más importante.

Felipe Gorriti, famoso compositor y concertista de órgano, nació en 1839 en el pueblecito de Huarte-Araquil, al pie del ingente monte Aralar, pedestal del Arcángel San Miguel, centinela de Navarra. Fué su padre, humilde organista parroquial, quien puso el primero los dedos en el teclado del futuro coloso; pobrísimos medios materiales, y en vista de lo mucho que prometía su hijito, con grandes sacrificios pudo enviarlo a Madrid, en donde pronto descoló entre todos los estudiantes, hasta el punto de que la entonces Reina Isabel II, personalmente, y a título de gran excepción, mandó hacer una artística medalla de plata, que puso en sus manos a la terminación de su carrera en el Real Conservatorio.

Cerebro privilegiado, produjo más de trescientas obras, la mayor parte de estilo religioso. Este gran organista no tuvo par en su época, ya que no encontró quien le disputara en los grandes concursos internacionales de la "Sociedad Internacional de Organistas y Maestros de Capilla de París" el número uno, hasta el punto que, después de concurrir por siete veces a dichos concursos, el Jurado, después de concederle el más alto título honorífico de la Sociedad, le rogó, para que siguiera acudiendo opositores, que habían empezado a retirarse, se excluyese de tomar parte activa en los mismos. Discípulo de Eslava, dejó, a su vez, discípulos ilustres en el piano, órgano y composición.

Y queridos lectores, la lista parece surgir nuevamente, la mina de artistas músicos, compositores, pedagogos, concertistas crece, y la falta de espacio y tiempo llega a su fin; en ella quedan, entre otros, los Guelbenzu, Aranguren, Gainza, Iniguez, Zabala y el magnífico y venerable maestro Larregla, felizmente entre nosotros en el roble secular.

Y termino ya, no para ensalzar con mi modesta pluma las figuras de Sarasate y Gayarre, nacidos ambos también en nuestro suelo—Pamplona y Roncal—el año de gracia para el arte de 1844; los grandes críticos musicales, nacionales y extranjeros, los grandes poetas, las celebridades en todas las órdenes de su época, los jefes de Estado del mundo entero, el oro de la tierra y las muchedumbres, electrizadas ante estos dos nombres mágicos, cayeron, subyugados a sus pies, ofreciéndoles todo lo que puede dar de sí este mundo terrenal a estos dos casos únicos, cuya repetición no la veremos jamás; y, sin embargo, al preguntarle un ilustre pedagogo a Gayarre el porqué prohibió se le enseñase a su sobrino música, contestó lacónicamente estas palabras: "Porque he sufrido demasiado"; y es que hoy como ayer, mañana como hoy, nunca falta el grosero rastracero profesional de agencias periodísticas, parásito de críticos, que escoge en sus diabólicas cuquerías los corazones más puros del artista para subir a su costa haciendo su demérito, charlatán impenitente, en cuyos tentáculos quedan prendidos los incautos que le protegen, ignorantes de un engaño.

¿Navarra resurgirá a sus glorias preferidas en el arte de los sonidos? Yo creo que sí. La labor de la Orquesta Santa Cecilia, labor cultural de primer orden, y las magnas actuaciones del ilustre Orfeón Pamplonés, que recientemente ha celebrado las Bodas de Oro con su venerable maestro, Sr. Mújica, bajo la imponderable batuta del maestro Arambarry, en conjunto vocal instrumental, con nuevas

(Continúa en la página 11.)



Sarasate

fué donde le jugaron dos malas partidas, fueron las ciudades que cimentaron su celebridad.

En 1822 nace Joaquín Gaztambide, el ribero tenaz e inquieto y uno de los hombres más maravillosamente dotados en lides artísticas, director de orquesta, empresario, fundador, con una gran cultura general adquirida en Madrid. Es acogido de discípulo del maestro Carnicer, quien le enseña los secretos de la orquestación y dirección. Este extraordinario tudelano; en el que hervía el fuego sacro de la Música en alto grado, se lanza a París y se pone al frente de una compañía de zarzuela, de la que es director, empresario, alma y vida. Su éxito es rotundo, y encariñado con esta experiencia, regresa a Madrid, fundando nuestra zarzuela grande, escribiendo magníficas producciones como "El Juramento", "Catalina", etcétera, etc. Hombre de dinamismo loco, criado en esa brava tierra de sol y de lucha, le-

tos y espléndido mecenas, toma a nuestro joven bajo su protección. Perelli y Muncini le enseñan el piano y la armonía, y Vaccaj, composición, en el Conservatorio Milanés.

El fruto de sus estudios no se hace esperar, lanzando su primera obra, la ópera "Ildegonda", que le da celebridad; a partir de esta su primera iniciación en el arte, su carrera es maravillosa; cubierto de laureles regresó a España, tomándole la Reina Isabel II de profesor de canto; es el ídolo de Madrid, pero su afán de más amplios horizontes lo lleva de nuevo a Italia, recibiendo Ricordi con los brazos abiertos, quien le edita el "Oais", obra con la que obtienen un éxito clamoroso todos los mejores cantantes de Italia. Al fin, regresa de nuevo a España, siendo sucesor de Eslava en la dirección y en la cátedra de composición del Real Conservatorio. De él fueron discípulos, entre una